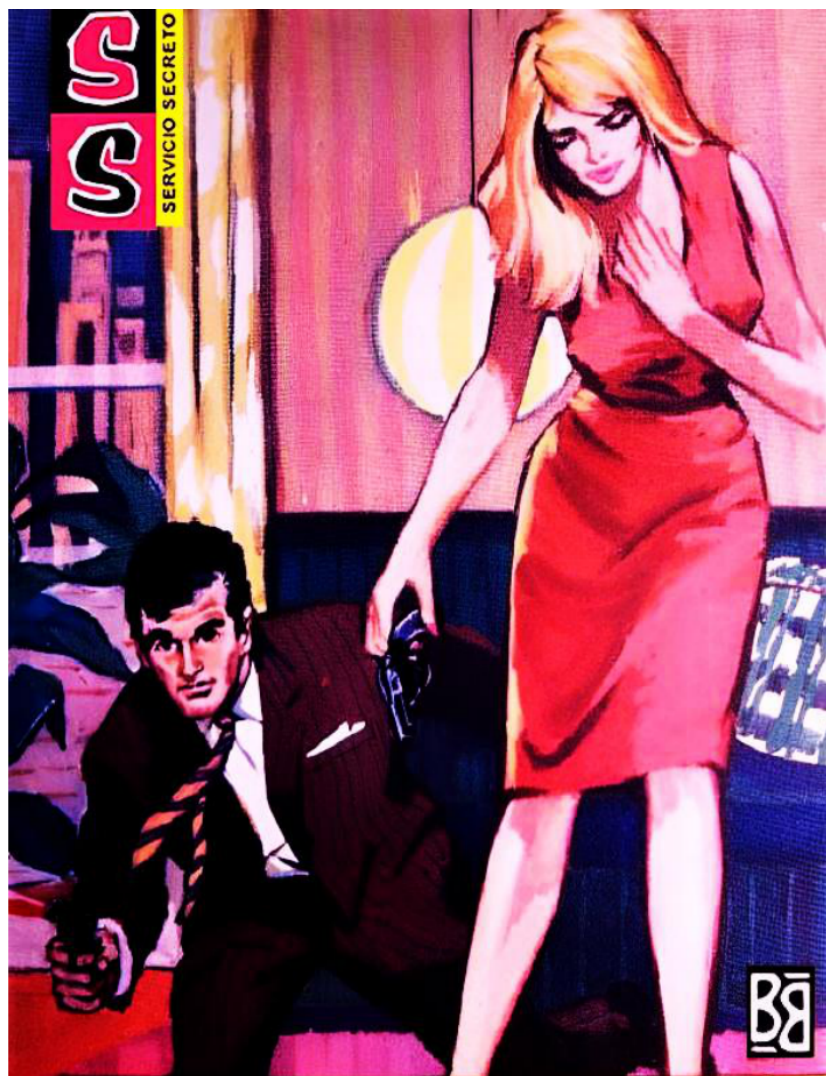




SERVICIO SECRETO



MI PROPIA LEY

joe mogar

MI PROPIA LEY

JOE MOGAR

MI PROPIA LEY

1.ª EDICIÓN

OCTUBRE-1962



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTÁ**

DEPOSITO LEGAL B 20.614-1962

PRINTED IN SPAIN • IMPRESO EN ESPAÑA

© JOE MOGAR - 1962

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1962

N. R. 1722/62

Mi propia LEY

**por
JOE MOGAR**



CAPÍTULO PRIMERO

Alvia Fenton es mi secretaria particular. Un explosivo mucho peor que la bomba «H», y, para el colmo, rubia como el oro. Sin tintes. Una mujer de no más de veinte años.

Una secretaria como ella, que nunca anda pidiendo aumento de sueldo, no se encuentra en parte alguna.

Aquella mañana me levanté de mal humor. Suspiré.

Fui a la ducha. Media hora después me estaba afeitando, para quince minutos más tarde abandonar mi apartamento de Times Square, en el Distrito V.

Tomé un taxi y me hice conducir directamente al bar de Mike.

Mike es un jovencito de no más de diecinueve años, bastante simpático, por cierto, y que en más de una ocasión me ha hecho algunos favores.

Me saludó al entrar.

—¿Lo de siempre, Merrick? Dije que sí.

Ya subido a uno de los taburetes, centré mi atención en el desayuno, mientras con el rabillo del ojo veía a Mike que no me quitaba la vista de encima.

Algo quería de mí, pero no le pregunté. Continué mi desayuno en el más completo silencio. Lo mediaba ya, cuando habló:

—Está muy pensativo esta mañana, Merrick.

—Sí. Pero es cuestión del aburrimiento, ¿sabes? Sonrió.

—Claro —dijo con suficiencia—. Ya sé que desde hace tiempo no interviene en nada nuevo —me sonrió como él sólo sabía hacerlo—. A usted lo que le hace falta es un buen asesinato.

Confieso que me hacía falta, pero no me hizo gracia la cosa. El último en el que intervine, por poco me cuesta la piel. Pero eso no es todo. El teniente de la Brigada de Homicidios, Milton Duryea, se pasó más de una semana detrás de mis huellas empeñado en que yo era el asesino.

Duryea esperaba poder quitarse la espina algún día. Pensé en mi cuenta bancaria, mirando a Mike.

—Sí —dije—. Me hace falta un nuevo caso, pero de esos que dan dinero y pocos quebraderos de cabeza. Un asesinato... Bueno, un asesinato nunca es bueno.

Callé lo principal. Que al menos para mí no era bueno, y por culpa de la inveterada costumbre del teniente Duryea de meter las narices en todos mis asuntos.

Al parecer, Mike no era de la misma opinión, ya que objetó:

—Lo verdaderamente suyo es eso, Mike. Usted es un buen investigador privado. Casi uno de los mejores de la ciudad.

No quise decirle cuál era mi verdadera opinión sobre ello, pero se lo agradecí con una sonrisa.

Sin replicar, di fin al desayuno. Mike, como había hecho otras veces, no se apartaba de frente a mí.

El hecho en sí no me llamó la atención. Por lo tanto, bajé del taburete, me encasqueté el sombrero e hice ademán de ir a la puerta.

—Miss Fenton ha telefoneado bien temprano esta mañana, Merrick. Creo que es algo importante.

Le miré, sintiendo que ya no me resultaba tan simpático como antes.

—¿Por qué diablos no me lo has dicho, Mike? —pregunté, procurando contener mi furia.

—¡Oh! Por la sencilla razón de que no se hubiera desayunado. Un cliente puede esperar, Mike. El estómago nunca.

¿Conque era aquello? ¿Un cliente?

No di las gracias. Corrí hacia mi oficina, distante unas cincuenta yardas del bar de Mike, en plena calle 49.

Frente a la portería, hice un ademán de saludo, y, cerrando la puerta del ascensor, me di cuenta de que el viejo Nick Terrence, el portero, contestaba a él.

Pulsé el botón.

Cuando minutos después abría la puerta corredera y descendía de él en el decimoctavo piso.

Miré la placa que había en la puerta.

JIMMY B. MERRICK
Investigaciones privadas

Empujé le puerta y entré en el despacho de Alvia. Era una habitación bastante espaciosa. Con una librería, dos sillones, la mesa del despacho, una mesita más pequeña para la máquina de escribir, una silla, y detrás, Alvia.

Eso era la mayoría de las veces. Pero ahora mi secretaria no estaba detrás de la máquina, sino en medio de la habitación, afanada en subirse una de las medias, procurando que las costuras quedaran bien rectas.

Sorprendida, señaló con el dedo hacia la puerta de cristales de mi despacho privado.

—Hay una mujer que desea verle, jefe. Tenga cuidado, que es peligrosa —y como viera que yo levantaba una ceja en señal de interrogación, agregó—: Es muy hermosa.

Sin saber qué decir, y aún menos entender la sonrisa que me dedicaba, empujé la puerta de mi despacho y entré.

CAPÍTULO II

Estaba allí. Sentada en un sillón, recostada contra su respaldo. Morena.

De pelo color azabache y de largas pestañas también negras. Alvia y aquella morena.

El disloque.

¿Qué buscaba en mi oficina?

No tuve tiempo de responderme a mi propia pregunta, ya que ella empezó a hablar:

—Le gusto, ¿verdad? —rió quedamente, y añadió—. A muchos hombres les pasa lo mismo.

Se puso en pie y vino hacia mí, mientras abría el bolso que llevaba en la mano. Apenas tuve tiempo de pensar que sus andares me recordaban a alguien o algo, ya que me puse instintivamente en guardia al ver cómo metía una de sus manos en el bolso. La derecha, para ser más exacto.

¿Iba a pegarme un tiro, sin más ni más?

Mi alarma estaba infundada. Mi bella y explosiva desconocida acababa de sacar un fino pañuelito de encajes. Con él en la mano, siguió avanzando. Ya cuando me rozaba se lo llevó a la boca, lo humedeció, y, ante mi estupor, lo pasó prietamente por mis labios.

Me lo mostró después, sonriendo.

—Cuando salga de hablar con usted, míster Merrick, le diré a su secretaria que use otro lápiz de labios. Me ha estropeado el pañuelo.

Sentí deseos de mandarla al diablo, pero ella vestía de un modo que me hacía presumir dinero a la vista.

Dijo aquello, pero lo guardó de nuevo dentro del bolso, mientras iba a sentarse en el sillón, con un revuelo de blancos encajes y falda, bastante corta por cierto.

Yo fui a la mesa, no deseando permanecer frente a ella.

Teniendo entre los dos aquel parapeto salvador, la miré. La

desconocida tenía ahora un paquete de cigarrillos en la mesa, del cual había tomado uno, y lo estaba encendiendo, con mano firme.

Demasiado firme para mi gusto. Esperé.

No fue por mucho tiempo. La bella morena me lanzó a la cara una bocanada de oloroso humo, me miró y dijo:

—Tiene mala memoria, Jimmy.

Me sobresalté ante mi nombre en sus rojos labios. Y lo que era peor, es que seguía recordándome algo o alguien, sin que pudiera precisar el quién o el qué.

—¿De qué la conozco a usted?

Rió, mostrándome una hilera de dientes, menudos y blancos. Tan perfectos como los de un anuncio de dentífrico.

—¿Quién es usted?

Ella me miró, arqueando sus finas y bonitas cejas. Se retrepó contra el respaldo del sillón y fumó con deleite durante unos cuantos segundos. Luego hizo un movimiento, y por él adiviné más que vi, que acababa de extender a todo lo largo una de sus maravillosas piernas, o tal vez las dos.

Y para que vean lo que son las cosas, en aquel entonces deseé como nunca estar frente a ella.

No pude seguir pensando.

La desconocida contestaba a mi pregunta.

—Una persona que le conoció una vez, míster Merrick —y me asombré al darme cuenta de que, de nuevo, ella volvía a llamarme por el apellido, dándome también tratamiento. Tal vez era mejor así. Mientras pensaba, la oí agregar—: Puesto que no me recuerda, dejémoslo así. Vengo a contratar sus servicios.

Calló, esperando a ver lo que yo decía. Pensé en unos segundos lo que me convenía hacer. La hembra me gustaba. Aun así, podía aceptar o no aquel caso.

Podía o no. Alvia también sabría compensarme, de la pérdida de la morena.

Un pensamiento cínico cien por cien pero esto resbalaba por mi piel como el agua sobre un buen impermeable de plástico. Estoy acostumbrado a que de cien personas que me conocen, me lo digan noventa y nueve.

—Aún no sé si aceptaré —manifesté sin faltar a la verdad—. En esas condiciones, ¿puede decirme de qué se trata?

Me miró con gesto dubitativo, durante unos cuantos minutos. Mientras tanto fumó hasta concluir el cigarrillo. Después lo apagó contra el cenicero y replicó:

—Se trata de mi esposo.

Una frase sencilla, que a mí me dijo mucho.

—¿Divorcio? —pregunté.

Sonrió de una manera capaz de hacer perder la cabeza a cualquiera. Pero yo era yo, y nada más. Por lo tanto, me quedé tan fresco, como si en vez de mirar a una apetecible beldad morena, estuviera en plan turístico, estudiando el peñón de Gibraltar.

Por fin contestó con un dejo amargo en su voz:

—Sí. Me casé con un cerdo forrado de billetes. Quiero la separación, y al mismo tiempo deseo mi pensión.

—¿Es usted la que piensa pedirla?

—Sí.

—¿Vive con él?

—No. Me fui de casa hace unos cuantos meses.

—Abandonó el domicilio conyugal, ¿no es eso? ¿Y a pesar de ello espera conseguir una pensión vitalicia de su marido? ¿Quiere decirme cómo lo va a conseguir?

No se desconcertó por mis preguntas, sino todo lo contrario. Sonrió, al parecer alegremente, ante mi estupor.

—Usted me ayudará a ello —dijo ante mi creciente sorpresa—. Mi marido es un mujeriego. Gasta mucho en mujeres, y la mayoría de menos méritos que yo —«in mente» le di la razón—. Sé que una o dos veces, todos los meses, tiene sus reuniones con alguna de ellas. Que las lleva a las afueras de Nueva York y... Bueno, míster Merrick; usted ya supone lo que quiero decir, ¿no?

Desde luego lo suponía. También sabía lo que ella quería de mí. Lo que iba a pedirme. No dije nada.

Callé como un muerto por no decir algo peor, esperando.

Tres minutos más tarde, ella sacaba otro cigarrillo del paquete, lo encendía, y después de clavar sus inmensos ojos en los míos, la oí decir:

—Quiero que usted busque las pruebas de todo esto, míster Merrick. Pagaré por ello hasta veinticinco mil dólares —al punto estuve de estropearlo todo, cuando mi cuerpo, sin consultar conmigo para nada, intentó pegar un bote sobre el sillón en que me

sentaba, pero afortunadamente logré contenerlo—. Le daré quince mil ahora mismo, si acepta el caso.

Los otros diez mil al acabar.

Se puso en pie, llevando la mano al bolso y a los guantes que se había quitado, seguramente al entrar.

Aplastó el cigarrillo contra el cenicero y antes de que yo pudiera replicar, añadió:

—Deseo fotografías. Creo que es lo más conveniente para convencer a cualquier tribunal, ¿no?

También pensaba yo lo mismo, pero a pesar de eso pregunté:

—¿Qué clase de fotografías?

—No sea imbécil, míster Merrick —replicó ella en un arranque—. Las pertinentes a estos casos. No deseará que sea más explícita, ¿verdad?

—No, no creo que haga falta, así como tampoco he dicho que me iba a hacer cargo del asunto.

Me miró como a un bicho raro, de especie desconocida.

Salí de detrás de la mesa, dispuesto a acompañarla hasta la puerta. Entonces noté el maldito perfume que usaba, y vi cómo de nuevo introducía su mano dentro del bolso.

Esperé.

¿Qué nueva sorpresa iba a darme ahora?

La mayor que jamás ser humano ha recibido en su vida, al menos de una desconocida, ya que para mí lo era.

Sacó la mano, y en la palma de la misma vi brillar una pequeña llave.

—Es de mi apartamento —explicó—. Vivo desde hace meses en el 5008 de Madison Avenue. Si acepta, le estaré esperando hasta las doce de la noche de mañana.

Tomé la llave.

¿Era una invitación?

—Aguarde. Aún no me ha dicho cómo se llama. Me miró de extraña manera, y luego preguntó:

—¿Desea saber mi nombre de soltera, o el que uso ahora?

—Los dos, si puede ser.

Volvió a mostrarme sus blancos dientecillos en una sonrisa.

—De soltera, Vera Jackson —replicó, mirándome de extraña manera—. De casada, el apellido cambia por el de Perkins.

No dije nada de momento. Dejé transcurrir unos cuantos segundos, y luego pregunté:

—¿Quiere decirme el nombre completo de su marido, *mistress* Perkins?

Ella hizo una mueca, con lo que comprendí que el apellido de marras no era de su agrado.

—Mañana en mi apartamento, en caso de que le interese encargarse de este asunto. Empezó a andar hacia la puerta. La prendí por un brazo.

—Escuche...

Pero no hubo más por mi parte, porque ella me lo impidió.

De inmediato me di cuenta de que no había sido por su expreso deseo, sino por la presencia de Alvia, que en aquel momento acababa de aparecer por él hueco de la puerta.

Las dos mujeres se miraron. En los ojos de la secretaria pude ver algo parecido al odio, y en los de Vera la más completa indiferencia.

No hice caso. Llevándola del brazo, la acompañé al ascensor. Antes de que la puerta corredera se cerrara detrás de ella, pregunté:

—¿No quiere decirme el nombre de su marido?

—No, Jimmy. Ahora, no. Ven mañana a mi apartamento y sabrás el final de esta historia. Creo que después de conocerla, aceptarás el caso.

Cerró la puerta y apretó el botón de bajada antes de que yo me diera cuenta de que me acababa de tutear.

Como era de esperar, Alvia estaba de «morros».

CAPÍTULO III

Me senté en el pico de la mesa de su despacho, y basculé de un lado para otro mi pierna derecha, mientras la miraba.

Alvia tenía un cigarrillo entre los labios y la falda muy por encima de la rodilla. La miré con atención. Puestos a escoger, no sabía a cuál de las dos.

La una morena, la otra rubia, pero ambas rodillas y ambas piernas, eran de lo mejor.

—¿Qué quería esa lagarta?

—Nada de particular —dije—. Un simple caso de divorcio.

—¿Entra en el simple caso un beso?

—¡Alvia!

No se sonrojó. Vino hacia mí. Sencilla y tranquila. Tal vez demasiado trasquila, según mis propios pensamientos.

—No me gusta esa mujer. Y usted será un tonto si acepta ese caso. Y todo por qué, ¿por un beso?

Había algo más que me callé. Un llavín. La simple llave de un apartamento. Como una promesa. También como una trampa.

Pero esto último, ¿por qué?

No supe qué contestarme. Tampoco pude. Alvia estaba entre mis brazos.

—Por favor... jefe. No... no se haga cargo de eso. No sé por qué, pero odio a esa mujer... Yo...

¿Por qué?

Dos horas más tarde, yo me hacía la misma pregunta. Pregunta que cortó con sus palabras:

—¿Me lleva a almorzar, jefe?

¿Por qué no? Alvia se lo había merecido.

—¿Dónde quieres ir? —pregunté.

—¡Oh! A cualquier parte, querido. Donde usted quiera.

Al fin, sin decir una palabra más, ella acabó de arreglarse la

blusa y la falda, y de poner bien rectas las costuras de las medias. Se enderezó entonces, mirándome a los ojos.

—Iremos a cualquier parte —dijo, mirándome fijamente—. Espero que yo le haga olvidar a esa lagarta.

No hacía falta. Si ella no la nombra, yo ya la había olvidado. Bajamos por la escalera, despreciando al ascensor.

Un taxi nos llevó a la Quinta Avenida, a uno de los muchos y elegantes bares que hay en ella. Alvia miró la entrada. Se volvió hacia mí, mientras el taxi arrancaba.

—La comida le va a costar un pico, jefe —dijo con la sonrisa en los labios. Me encogí de hombros.

—Creo que te lo mereces. Y es más, aún creo que es poco. Me miró largamente, sin dar un paso hacia la puerta del bar.

—¿Es así como paga los favores de una dama? Sonreí.

—Por lo pronto, sí. Después, depende de lo que la dama sugiera.

—Un vestido de vez en cuando, y una cena en un buen lugar. Cómo ve, la dama pide bien poco.

¿Por qué?

Sin contestarme a la pregunta, avancé un paso. Ella caminó hacia la puerta.

—Por favor, míster Merrick. Aquí, ahora, no. Ahí dentro hay reservados. Podemos comer tranquilamente en uno de ellos.

Sonreí.

La prendí del brazo y entramos.

Un uniformado *barman* nos salió al paso, ofreciéndonos una de las mesas. Alvia denegó con la cabeza, y, tal y como había prometido, pidió un reservado.

La cara de palo del *barman* no se alteró por eso. Nos condujo a él. Era discreto, y, según pude darme cuenta, a prueba de ruidos.

Nos miró a los dos.

—¿Qué desean? —preguntó.

Antes de que yo pudiera formular pregunta alguna, Alvia se adelantó:

—Por lo pronto, traiga dos «Manhattan». Y por favor, llame antes de entrar.

Colegí que el que se sonrojaba en aquel entonces era yo. La experiencia no me gustó, palabra.

Salió. Alvia vino a mis brazos. Y no se separó de ellos hasta que

el *barman* reapareció con lo pedido.

Encargamos la comida, que después me costó lo que ella dijo, y que no me pesó en modo alguno.

Después de las efusiones pertinentes, entre sorbo y sorbo de los «Manhattan», comimos en el más completo silencio.

Al acabar, Alvia me miró.

—¿Piensa hacerse cargo de ese asunto?

La miré, sin que ninguna sospecha entrara en mi cerebro. Puede, podía ser que ella se hubiera enamorado de mí. Me había dado, me acababa de dar, pruebas inequívocas de ello. De esas que ningún hombre, por muy bastardo que sea, puede olvidar.

—No lo sé aún —repliqué, convencido de que con eso no me comprometía a nada. Pero no era así, al menos por parte de Alvia, que quería una respuesta más concreta.

—Yo no deseo que lo haga. No me gusta esa mujer. ¿Lo ha olvidado, querido? Dije que sí, pero mentía. No deseaba molestarla.

—¿Por qué no me tuteas? —pregunté después.

—¿Por qué? —preguntó ella, a su vez—. Usted es mi jefe, ¿no?

—Sí. Pero después de esto...

—Deseo dejar lo nuestro tal y como está por el momento, querido —me replicó con un frunce en sus lindas cejas—. A menos que desee casarse conmigo, y ahora.

Se me atragantó el humo del cigarrillo que estaba fumando, y poco faltó para que no echara los hígados por la boca. ¿Qué idea se había cocido en su linda mollera?

—Estudiaré el caso, ricura —repliqué por no molestarla—. Puede que nos pongamos de acuerdo.

Vino hacia mí como un tornado. Y como cosa lógica, perdí la cabeza. Cuando la recobré, después de un largo tiempo, me puse en pie, mirándola.

—Tengo que ir al lavabo.

Me sonrió más prometedora que nunca y me hizo un gesto con la mano. El equivalente a «ya puedes ir, querido».

Salí.

Pero una vez fuera del reservado, no fui al lavabo como había dicho, sino a la más próxima cabina telefónica.

Marqué un número de la calle 53 Oeste. Casi en el acto, oí la voz de Verónica Garrett.

Garrett es la secretaria de Pool Danovan, al mismo tiempo que su amiga. Pool siempre tiene suerte. Se dedica a investigar las cosas sucias de todas las familias de alto copete de Nueva York.

Si Pool, con todas las cosas que sabe, se dedicara al chantaje, estoy seguro de que se haría millonario antes de una semana. Y en el mismo espacio de tiempo se haría cortar el cuello.

—¿Diga? Hable, por favor. Aquí la oficina de...

—Ya lo sé, hermosa —interrumpí—. Soy Merrick, encanto. Deseo hablar con Pool. Es urgente, ¿sabes?

Oí un respingo al otro lado de la línea. Inmediatamente después, la voz de ella, según me pareció, alegre en extremo.

—Hola, golfo —saludó de inmediato—. ¿Qué es de tu vida, amor? ¿Pool? Sí, está aquí. Ahora te pongo. Pero antes me tienes que invitar una noche a cenar.

—¿Cuándo? —pregunté de inmediato.

—¡Oh! Cualquiera de ellas. Intentaré zafarme de Pool y te telefonaré a tu apartamento. ¿De acuerdo?

¡Al cuerno con todas!

Lo pensé, pero no se lo dije. Todo lo contrario, mostré mi conformidad, y apremié:

—Bueno, cariño, ponme con Pool. Es algo urgente, ¿comprendes?

Al parecer, lo comprendió de inmediato, puesto que unos segundos después oí la voz de Pool.

—¡Jimmy! Dichosos los oídos que te escuchan, al cabo de tanto tiempo. ¿Qué es de tu vida? ¿Te has casado ya? ¿Se ha muerto Duryea? ¿No? Entonces, ¿para qué me llamas?

Al fin se calló y pude hilvanar algunas frases. Empecé:

—Escucha, Pool. Esto para mí es muy importante.

—Consulté mi reloj de pulsera, a medida que seguía hablando. —Se trata de una mujer. *Miss* Vera Jackson, de soltera. *Mistress* Vera Perkins, de casada. Quiero que averigües todo lo referente a ella. Vive en un apartamento. En el 5008 de Madison Avenue.

Pool se mantuvo unos segundos en silencio.

—¿De qué se trata, Merrick? —me preguntó—. ¿Puedes darme alguna idea, o es indiscreto preguntar?

—No. Al menos que yo sepa. Se trata de un caso de divorcio. Le oí soltar un respingo.

—¿Desde cuándo te dedicas a los divorcios, Jimmy? Lo tuyo, si no me equivoco, son los asesinatos, ¿no?

—Sí, Pool. Pero a pesar de ello, deseo que hagas esto rápidamente. No sé por qué, pero el asunto me interesa. Ella me ha citado en su apartamento, ¿sabes? No ha querido dar el nombre completo de su marido. Puede que me haga cargo del asunto, o puede que no. Sea como sea, deseo saber el nombre de él. Y lo necesito antes de las nueve de esta noche.

Colgué antes de oírle protestar; Acto seguido fui en busca de Alvia.

De ella y de sus brazos. De sus incomparables caricias.

CAPÍTULO IV

Vera.

Fruncía el ceño.

Y lo siguió frunciendo cuando me vio. Luego se puso en pie y espetó:

—Apuesto a que has estado concertando una cita con ella. Me refiero a esa lagarta de...

Creo que abrí los ojos demasiado. Tanto, que al instante advertí como ella crecía ante mis ojos.

—¿Sorprendido?

—Sí. Un poco. Y siéntate, ¿quieres? Miró su reloj de pulsera.

—Tengo que irme, jefe. La oficina está sola y ya es la hora. Sonreí.

—Siéntate —dije.

Lo hizo, sin dejar de mirarme. Pero de mala gana.

Entre nosotros reinaron unos cuantos minutos de silencio. Los rompí al preguntar:

—¿Por qué crees que he estado hablando con Vera Perkins?

—¿No es así?

—No. Cierto que estuve hablando por teléfono. Pero no fue con ella.

—¿No? Entonces, ¿con quién?

Pensé unos segundos en decir o no la verdad. Ganó lo primero.

—Con Pool, ricura. —Frunció el ceño, pero no hice caso. Por lo tanto, añadí sin más—: Desde luego, ha sido por causa de esa lagarta, como tú la llamas. Quiero saber qué esconde en la manga.

Su gesto era dubitativo cuando me miró.

—¿Nada más que eso? ¿Simplemente asunto profesional?

—¡Ni más ni menos, bombón!

—¡Y un cuerno, jefe! Conozco bien a esa niña. Es... eso, una lagarta.

Me interesó aquello. Por lo tanto, di de lado a la parte comprendida en el piropo y pregunté por la otra:

—¿De qué la conoces?

—Estudiamos juntas en la Universidad. Eso es todo.

—¿Conoces a su marido? ¿Sabes cómo se llama?

Denegó con la cabeza. Luego extrajo un cigarrillo de la pitillera, que guardó acto seguido sin ofrecermelo a mí, y lo encendió.

Sus ojos brillaban como carbones cuando replicó con una sola palabra:

—No.

Suspiré.

Por lo visto, tenía que pasarme la vida suspirando con todas las mujeres que encontraba a mi paso.

Con estos pensamientos en la mente, consulté mi reloj.

—Es tarde, nena. Vámonos.

Alcanzaba la puerta cuando ella me detuvo de un brazo. Sentí su aliento junto a mis labios y su suave perfume. Su actitud era en extremo felina. Sus ojos brillaban como los de un gato.

Pero mucho peor fue el acento que logró imprimir a sus palabras. A su sencilla pregunta:

Pool.

—¿Vas a hacerte cargo del caso, Jimmy?

Me tuteaba, sin que nos casáramos, claro, y me había llamado Jimmy. Pero sus ojos seguían siendo de fuego.

—Mira, nena —repliqué—. Eso es algo que aún no sé. Depende de lo que me diga.

—¿Qué le has preguntado a ese detective de segundo orden?

Por lo visto, para ella Pool era un detective privado de segunda categoría. Me pregunté en cuál me habría incluido a mí.

Y no seguí pensando. Me miraba. Esperando.

—Deseo saber quién es el marido de Vera Perkins. Su nombre de pila, ¿sabes?

—Ella indicó que te lo diría. ¿Recuerdas?

Fue entonces cuando me di cuenta de que Alvia había estado escuchando detrás de la puerta cuando yo hablaba con Vera. ¿Qué más sabría?

Repliqué a su pregunta:

—Sí. Pero quiero saberlo antes de que me lo diga. Quiero saber

también todo lo referente a su marido. A sus amiguitas. Al parecer, él es uno de esos tipos que se las corren en grande. Quiero comprobar, por lo tanto, si es verdad. Si Vera no ha mentido en el motivo que alega para pedir el divorcio. Después, una vez enterado, iré a hablar con ella. Entonces me haré cargo del caso, o lo dejaré a un lado, aunque, hoy por hoy, no puedo hacer muchos remilgos. No tengo dónde escoger. ¿Comprendes?

Me miró cada vez más cerca. Ahora no era su aliento. Era la tibieza de su cuerpo contra el mío. Seguía mirándome a los ojos.

—Sé que te harás cargo del caso, Jimmy —afirmó suavemente.

—¿Por qué?

—Vera es una lagarta muy hermosa. Casi tanto o más que yo, aunque diferente. A los hombres les gusta cambiar de vez en cuando, y hay cierta llave, ¿no?

Callé durante unos segundos. No sabía qué decir. Al fin encontré ánimos para preguntar:

—¿Me has estado espionando? Rió argentinamente.

Se reía de mí. Lo sabía, pero no podía hacer ni decir nada. Aquel día, Alvia se lo podía permitir. Al menos, por el momento.

—Sí, querido —afirmó muy tranquila—. Pero ahora, después de esto, aún te vigilaré más. Lo nuestro tiene que seguir en exclusiva —me mostró uno de sus dedos—. A menos que me coloques un anillo aquí.

Sabía lo que quería decir, y callé lo referente al compromiso.

—De acuerdo, querida. Te llevaré mañana noche a casa de Vera. Subiremos a verla, para que a los dos nos explique...

No pude continuar. La risa de ella me interrumpió. Luego dijo:

—¡Oh, no! Nada de eso, amor. Irás tú solo —respiré con alivio—. Pero yo me quedaré abajo en el automóvil. Si tardas mucho, subiré a buscarte.

Ya no respiraba. Creo que hasta me apretaba el cuello de la camisa. ¡Diablos con Alvia! Al parecer, a partir de ahora, habría que tenerla en cuenta, o ponerle el anillo.

—De acuerdo, te llevaré.

Pero no estaba dispuesto a hacerlo.

Su respuesta fue echarme los brazos al cuello. Sentí latir su corazón como desbocado, mientras una de sus manos iba a mi cuello y la otra buscaba mi mano.

Cuando se separó de mí, sofocada y alentando, yo guardé en mi bolsillo la llave de su apartamento.

Salimos a la calle sin cogernos del brazo, lo mismo que dos buenos chicos, y la acompañé hasta un taxi que paramos. Me despedí de ella, que no quedó muy conforme, y acto seguido me encaminé al bar de Mike, tomando otro taxi.

Pude hacerlo en el que ocupaba Alvia, cosa que hubiera sido en extremo interesante para mí, porque ella tenía fuego y veneno en sus besos y caricias, pero no me convenía que supiera cuáles eran mis pasos.

Por lo tanto, me aguanté y la dejé ir sola.

Una rubia y una pelirroja estaban sentadas en los taburetes del mostrador. Por lo tanto, me senté ante una de las mesas, y me dediqué a estudiar anatomía, mientras Mike acababa de servir a otro cliente, este masculino.

Luego vino hacia mí. Como cosa natural, se puso entre las dos mujeres y yo, con lo que la hermosa y doble visión se esfumó de mis ojos.

Sentí deseos de matarle.

—Hola, Merrick —saludó—. ¿Qué va a tomar?

—Un «Manhattan» doble. Soltó un respingo.

—¡Diablos, Merrick! —exclamó—. ¿Ya estamos ahí? ¿De qué se trata? ¿Un asesinato?

¿Dos? ¿Le persigue la policía?

Me llevé las manos a la cabeza con gesto cómico.

—Nada de eso. ¿Por qué?

—¡Oh! Por nada. Como *miss* Fenton telefoneó esta mañana diciendo que... Le atajé rápidamente:

—Lamento que haya sido una falsa alarma, Mike. Es una antigua amiga mía, de paso por Nueva York. Vino a verme por el solo deseo de saludarme.

Me miró no muy convencido, y luego se alejó hacia el mostrador con lo que mi visión se aclaró de nuevo. Pero ahora el objetivo era sencillo. La rubia se había ido.

Mientras bebía el «Manhattan» y contemplaba las hermosas piernas de aquella pelirroja, hice un esfuerzo para apartar los ojos y miré mi reloj. Era demasiado temprano para que Pool supiera algo.

¿Cuántos «Manhattan» tendría que tomarme antes de las nueve

de la noche? Confieso que no lo sabía y que tampoco los conté.

CAPÍTULO V

Cuando más entusiasmado estaba con el juego que llevábamos Alvia y yo, el timbre del teléfono de mi despacho repiqueteó de manera insistente.

Nos separamos y miré el reloj. Las nueve de la noche. Pool.

¡El bueno de Pool, tan puntual como siempre!

Me separé de los brazos de Alvia, y corrí al teléfono. Ella vino detrás mirándome sospechosamente.

¿Se han dado cuenta ustedes, alguna vez, lo estúpida y pesada que se pone una mujer cuando tiene celos o finge tenerlos?

Pues así estaba Alvia en aquellos momentos.

Levanté el auricular, haciendo como que no veía el brillo de sus ojos ni el interés con que me miraba, a mí, y al teléfono.

No era Pool. Sino su amiguita.

—¿Merrick...?

—No. Caperucita roja.

—Hola, Jimmy. ¿Qué hay de esa cena? Te advierto que si no me das una fecha fija, no te digo algo interesante.

—¿Y Pool?

—Está trabajando en lo tuyo, encanto. —El rostro de Alvia era un poema, ya que la voz brotaba con absoluta claridad por el auricular, y ella estaba lo suficientemente cerca para oírla. Sentí deseos de reír, que reprimí al punto para seguir escuchando—. Me telefoneó no hace mucho. Tengo algunos datos sobre el marido de Vera Perkins.

—Suéltalos, Verónica.

¿De veras? ¿Y esa cena?

Vera y Verónica. Las dos «Uves».

Como las

«V-2»

alemanas en la pasada guerra, sólo que mucho peor.

Contesté, porque todo daba igual. A mí lo que me interesaban eran los datos: Conocía bien a Verónica para saber que si yo no daba primero mi brazo a torcer, ella no lo haría tampoco.

—Mañana a la noche, encanto —los ojos de Alvia cambiaron de color—. Dime dónde puedo esperarte y a qué hora.

La respuesta de Verónica fue en extremo rápida.

—En la puerta de «Madison Garden», a las ocho y media. ¿Te parece bien?

—Encantado. Y esos...

Me interrumpió:

—¿Has oído hablar de Joel Perkins? Es el magnate de... Solté un respingo:

—¡Cuernos, Verónica! No me digas que Vera se casó con ese cerdo cargado de oro. Sin querer, repetí las mismas palabras de la mujer cuando vino a verme.

Porque eso era Joel Perkins: ¡UN CERDO! Con mayúsculas. Un hombre que se había enriquecido vendiendo material de guerra a la Gran Alemania cuando la pasada guerra, procedente de sus fábricas, del mismo modo que se lo vendía al Gobierno de los Estados Unidos.

Una excelente persona... para que se la llevara el diablo, y cuanto antes mejor. Tráfico ilegal de estupefacientes, y trata de blancas entre otras cosas.

Pero sobre todo, trata de blancas.

Ya no me extrañaba nada que la morena Vera intentara por todos los medios conseguir el divorcio.

Tampoco me extrañaba en modo alguno que de vez en cuando, Perkins, al que el diablo confunda, formara por su cuenta algún que otro bacanal, al estilo de la antigua Roma.

Sentí piedad por Vera.

¿Piedad? O amor.

Pero esto último era descabellado. Sólo la había visto una vez. (Creía yo). Por lo tanto, no era lógico.

Fuera así o no, me haría cargo de aquel nuevo caso, aunque no mediaran los veinticinco mil dólares que había prometido.

—¿Sigues ahí, chico?

Reaccioné ante la pregunta de Verónica. La había olvidado por completo, así como el auricular de teléfono que continuaba en mi

mano, pegado a la oreja.

—Sí, sigo aquí.

La oí reír, mientras Alvia se movía, nerviosa.

—Bueno —siguió ella—. Eso es sólo el principio. Pool, no sé cómo, ha podido averiguar que el tal Perkins tiene ahora una amante clandestina. ¿Comprendes?

Quedé pensativo y asombrado. Pregunté:

—¿Quieres decir que no la conoce nadie?

—Eso es. Nadie, aunque la han visto con él varias veces. Las pocas, siempre dentro de su automóvil, con las luces de dentro apagadas, y el rostro vuelto hacia el lado contrario de la acera donde se detenían. Al parecer, la dama también tiene interés en que no se conozca su identidad.

Extraño.

Muy extraño todo.

—¿Sigues ahí?

Por toda respuesta repliqué con otra pregunta:

—¿Hay algo más, Verónica?

—¿Te parece poco?

—No. Pero sí insuficiente.

—Tendrás que esperar a que mañana telefonee Pool, querido. Y aquí, otro nuevo respingo de Alvia.

Me despedí de ella, quedando citado en el «Madison Garden», aunque no pensaba ir.

Colgué el auricular y me volví de cara a Alvia.

Estaba interesante, sentada en el filo de la mesa, cabalgando una pierna sobre la otra, y mirándome con sus ojos de gata, ahora fríos como el hielo.

—¿Qué les das a todas, Jimmy? —me preguntó con el acento aún más helado que sus ojos.

—Lo que a ti, ricura.

Pero al parecer no la convencí, ya que no se dejó besar.

En vista de «mi éxito» con ella, opté por lo más sencillo, por entrar en mi despacho y con el cigarrillo en los labios ponerme a pensar en Vera.

Vera y su pelo. Vera y sus piernas. Como para un concurso. Como las de Alvia. Luego recordé la desconocida amante de un cerdo, llamado Joel Perkins.

¿Quién era?

Con la misma pregunta en la mente, consulté mi reloj. Las diez y media. Hora de irse a dormir.

Me puse en pie y abandoné mi despacho. Me asombré en el acto. Alvia estaba esperándome, completamente retocada, y con un brillo especial en sus ojos.

—He pensado que podrías llevarme a casa. Me ahorraré el «bus». No dije nada. ¿Para qué?

La tomé del brazo y salimos. Nos costó bastante encontrar un taxi, pero al fin lo conseguimos.

Una vez frente al número 4333 de la Octava Avenida, donde ella vivía, Alvia se apeó del taxi.

Me miró con los ojos relucientes como ascuas.

—¿Subes? No es mucho, pero puedo ofrecerte una copa. Consulté de nuevo el reloj. Movié, impaciente, su linda cabecita.

—¿Tienes sueño, o vas a reunirte con ella? Comprendí que «ella» era Vera Perkins.

Pagué al taxista y me apeé, mientras Alvia abría la puerta de la escalera con su llavín. El rápido ascensor nos llevó a su apartamento en un santiamén, y por el camino recordé que era la primera vez que iba a entrar en él.

¿Por qué?

Frente a la puerta del mismo, me encaró:

—Tengo mi otra llave dentro.

Con lo que yo tuve que abrir, pensando que, desde ahora en adelante, lo que ocurriera sería culpa de Alvia Fenton, más que mía.

Recuerdo que bebí varios «Manhattan», mi bebida favorita. El resto a nadie le importa, como no sea a nosotros mismos.

CAPÍTULO VI

Vagué por las calles, como un sonámbulo. Pensando.

No en Alvia, a la que no quise despertar. Pensaba en Vera. Vera Perkins y su marido.

Cuando las primeras claridades del nuevo día arramblaron con las sombras de la noche, mis pensamientos no habían adelantado un paso.

Sólo tenía una idea: ir a ver a aquel hombre cargado de millones. Hablaría con él antes que con Vera.

Ella me esperaba en su apartamento a las doce de la noche de aquel mismo día. Ella y el embrujo de sus ojos negros.

¿Dónde la había visto antes? No conseguía recordarlo.

La salida del sol me sorprendió en Columbus Circle. Vi abrirse un bar. Entré.

El dependiente me miró de través. Tal vez se creyó, por lo temprano de la hora, que era un habitante de Marte. Tal vez pensó que vine en un platillo volante ¡Vaya usted a saber!

Pedí un café bien cargado y sin azúcar. Para mí había sido demasiado ajeteo. Demasiado para una sola noche.

Alvia.

¿Qué buscaba Alvia en aquel inusitado y extraño caso?

Sí, Alvia. Alvia que era como el Vesubio cuando destruyó Pompeya. Así me iba a destruir a mí con su fuego.

¿O tal vez no?

Las calles empezaban a despertar. La circulación de Columbus Circle crecía por momentos, Entonces, sólo entonces, cuando me di cuenta de esto, dejé de pensar, pagué y salí a la calle, con la sensación de que estaba haciendo un castillo de un grano de arena.

Fotografías sucias.

Fotografías de esas cosas sucias que suele hacer alguna clase de gente. Eso es lo que necesitaba Vera. ¿Había algún modo de

conseguirlo?

Ella podía dar la pista. ¿Ella o Joel Perkins?

Sentí asco al pensar en él, mientras caminaba por Columbus Circle, hacia la primera boca de Metro que encontrara abierta a aquella hora. Pensando que lo primero que tenía que hacer era ir al taller de reparaciones de la calle 20 en el Distrito V, donde tenía mi «Cadillac» en reparación.

Llegué a él, pero no en el metro. Fui más prosaico que todo eso. De bar en bar.

Bebiendo aquí y allá. Tanto es así, que alcancé el taller sobre las once de la mañana.

El «Cadillac» de ocho plazas, modelo 1960 estaba listo.

Empuñé el volante, después de pagar, pero no pude llegar al enorme rascacielos del Manhattan, donde se levantaba, orgulloso, el edificio de oficinas de Joel Perkins.

Donde él tenía, y en el mismo edificio, varios apartamentos dedicados a su vivienda particular.

La aglomeración de gente me lo impidió. La policía, que se veía por doquier, también.

Estacioné en la acera de la izquierda, bajé del «Cadillac», y avancé decidido, abriéndome paso por entre la multitud, de la mejor manera posible. Mientras lo intentaba, reconocí algunos automóviles de la Brigada de Homicidios.

El de Duryea.

Me acerqué, sonriendo para mí mismo.

Sabía cuál sería la primera pregunta del teniente cuando me viera por los alrededores.

No me equivoqué, ya que veinte minutos después, cuando ya la ambulancia había salido camino del depósito, oí una voz a mi espalda:

—No diré que celebro verle porque sería mentira, Merrick. Pero ¿quiere decirme qué pinta aquí?

Me volví hacia Duryea.

—¡Diablos, teniente! —dije—. ¿Hay alguna ley que impida a un ciudadano libre, en los Estados Unidos, pasearse por dónde quiera?

Duryea era alto y macizo. De unos cincuenta y siete años, tenía casi completamente blanco el cabello. Sus ojos eran grises y acerados. Vestía el uniforme como si toda la vida hubiera estado

dentro de él.

—La hay, Merrick —replicó—. La hay para los criminales. Para todos los que juegan con la muerte. Y ahora, ¿quiere decirme qué hace aquí?

—Eso ya me lo preguntó antes. Su rostro se tornó fosco.

—Conteste, ¿quiere?

Sonreí lo más alegremente que me fue posible.

—¿Por qué no? Venía de paso cuando me detuvo la aglomeración, y me acerqué. ¿Hay algo de malo en ello?

Me miró. No estaba muy conforme, cosa que sabía yo.

—No intente tomarme el pelo, Merrick. Le conozco lo bastante para saber a qué atenerme con usted. Algo se lleva entre manos, y sería conveniente que me dijera dónde pasó el tiempo esta noche pasada.

Aquello era una arbitrariedad, pero me callé.

—Se sorprendería si lo supiera —dije con el pensamiento puesto en el Vesubio y Pompeya. Luego agregué—: Simplemente, le he dicho la verdad. Si no me cree, lléveme al Precinto y acúseme de algo. No me tiene mucha simpatía, ¿verdad, teniente?

Me miró. Creo que vacilando sobre la respuesta que tenía que darme. Al fin lo hizo y con la verdad. Estoy seguro de ello:

—Ninguna, Merrick. A usted le tengo atravesado. ¿Qué se trae entre manos? Intenté sonreír, y me salió bien.

—Nada. Ahora, he visto salir a la ambulancia. También la camilla que llevaban.

¿Quién es el «fiambre»?

—¿No lo sabe?

—¿Se quiere largar al cuerno de una vez, teniente?

Mi voz fue todo lo suave que yo quería. Me miró, sorprendido, y entonces aproveché la ocasión para irme, pero no lo conseguí. Duryea me tomó del brazo. Acercó su boca a mi rostro, con lo que al instante me llegó su peste a ajo; ¿les he dicho que el teniente es aficionado a los ajos crudos? ¿No? Pues es así. Por lo tanto, aparté la cara, mientras le oía decir:

—Han asesinado a Joel Perkins. Perkins es...

Ya no le escuchaba. Y no me sorprendí. Lo esperaba. Si no esto, sí algo por el estilo. No soy más listo que otros, pero algunas veces suelo acertar. Como ahora.

No me sorprendí, como digo. Pero mi pensamiento estaba puesto en la explosiva y escultural Vera.

Vera sola y en su apartamento. Vera, que seguía siendo la mujer de Joel Perkins. Vera, que le heredaría, si no había un testamento que dijera lo contrario.

Vera, a la cual preguntarían dónde había estado la noche anterior.

Mascullé una imprecación para mis adentros, intentando mirar de frente al teniente, procurando que no me diera en la nariz el tufo que despedía, y que tan mal me sentaba.

—¿Cómo ha sido?

—¿No lo sabe?

—¡Lárguese al infierno, teniente!

De nuevo frente al volante. Volando hacia el apartamento de Vera. Pensando.

Yo no lo sabía entonces, me enteré horas más tarde por uno de los diarios sensacionalistas de Nueva York.

Perkins había muerto como lo que era. Degollado como un cerdo. Alguien le había atontado con un objeto contundente, y luego le degolló, enviándole a infierno.

Llegué al apartamento de Vera sobre la una del día, sin pensar para nada en Pool y en la investigación que estaba realizando por mi cuenta.

Pulsé el timbre de la puerta y esperé.

No oí sus pasos. Luego supe por qué. Estaba descalza, y sus hermosas piernas no tenían la malla de nylon con que las cubría.

Pero sí oí el ruido que hizo la mirilla de la puerta al descorrerse. Casi en el acto, me abrió la puerta.

Estaba en «deshabillé» de transparente nylon, y, debajo de la misma, muy poca cosa más.

No se sorprendió. Al parecer, Vera no se alteraba por que los hombres la sorprendieran de aquel modo.

Se apartó de la puerta para dejarme pasar y cerró con llave a mi espalda. Después nos miramos a los ojos.

—La cita era para las doce de la noche —dijo.

Vi al punto una hermosa pierna, al desnudo, cuando ella avanzó hacia el «*living*». Con ademanes de reina, me indicó que me sentara en el amplio sofá, y después fue hacia el mueble bar.

Escanció un par de *whiskies*. Me dio uno. Con el vaso en la mano, me miró.

—¡Desembuche! —dijo—. ¿Por qué ha venido a estas horas? Estaba acostada aún, ¿sabe?

Lamenté no haber entrado con el llavín que me dio.

Claro que no se me ocurrió mencionarlo siquiera, ya que ella ni me tuteaba ni hacía nada para recordar cierto beso y ciertas palabras, que podían tener o no sentido.

—Esta noche pasada han asesinado a tu marido. Han asesinado a Joel Perkins, Vera.

¿Dónde y con quién has pasado la noche?

Palideció de un modo horrible. Se tambaleó. El vaso se estrelló en el suelo, al escapar de su mano. Después se las llevó a sus opulentos senos.

Me miró.

CAPÍTULO VII

Casi en el acto la tuve entre mis brazos, sentí sus ardientes labios sobre los míos. Me aparté de ella un tanto bruscamente, y luego la senté en el sofá. Lo hice a mi vez. A su lado.

Alargué la mano para tomarla por la barbilla y la obligué a mirarme a los ojos.

—Escucha, nena. Voy a hacerte unas cuantas preguntas y deseo que me digas la verdad. Piensa que detrás de mí vendrá el teniente del Departamento de Homicidios. Duryea, ¿sabes? Él no es como yo.

—Dame algo de beber, Jimmy —dijo por toda respuesta.

Le preparé un *whisky*. Bebió más de la mitad de un solo trago, y luego quedó a la expectativa, en espera de mi pregunta.

—¿Dónde pasaste la noche?

—Aquí.

La respuesta era tajante. La creí, pero yo deseaba algo más.

—¿Sola?

—Pues claro. ¿Qué te has creído? Muy extraño todo.

—¿Sabes que aún eres la mujer de Joel Perkins? —Me miró con asombro, y yo comprendí que se estaba preguntado cómo lo averigüé en tan corto espacio de tiempo—. Mejor dicho, su viuda. Tú eres su heredera. Por lo tanto, tienes un...

Se levantó como impulsada por un resorte, y me miró con los labios crispados.

—¡Yo no le maté! ¡No lo hice! Ciertamente que tenía motivos para ello, pero no fui yo.

Me puse en pie y la atajé con un gesto. Luego la tomé de la cintura y de nuevo la llevé al sofá.

—Cierra el pico y escucha, preciosa. Yo no te acuso, pero me estoy poniendo en el lugar del policía. Para ellos, tú, si él no ha hecho testamento, serás la única que ha tenido un motivo para hacerlo. Crimen pasional se llama, ¿entiendes? Eso contando con

que la policía pruebe que tu marido iba con otras mujeres. De lo contrario, tu separación, la huida de tu domicilio, complicará aún más las cosas. La herencia que te corresponde justifica cualquier clase de crimen. En fin, nena. Creo que te esperan muy malos ratos.

Me estaba comportando como un bruto, pero era necesario. Me miró sin decir nada durante unos cuantos minutos.

Después bebió el resto del *whisky*.

—¿Qué quieres saber?

Pensé durante breves segundos.

—Ante todo, dónde se reúne o se reunía tu marido con ellas.

—Hay un bar en el número 7508 de la calle 51. La «Jaula de Oro» se llama. Iba allí dos o tres veces al mes, ¿comprendes? Luego se las llevaba... cualquiera sabe dónde.

Bien. Aquello era una parte. Ahora venía la que verdaderamente me interesaba. Mirándola a los ojos, pregunté:

—Escucha bien, Vera: ¿Había alguna mujer en particular en la vida de tu marido?

Quedó pensativa unos segundos, y, sin saber por qué, creí que estaba tratando de mentir. Al fin suspiré cuando la oí decir:

—Sí. Una: Carla Montesi.

—¿Italiana?

—De Roma. Una mujer muy hermosa. —Se miró desde los senos a la puntera de sus pies descalzos—. Bastante más hermosa que yo —terminó sin pasión.

—¿Dónde vive? —pregunté, sumamente interesado.

Me miró. Como dudando en si tenía o no que satisfacer mi curiosidad. La apremié:

—Escucha, nena. Esto es una carrera contra reloj. El teniente Duryea no tardará en llegar. ¿Comprendes? No quiero que me vea aquí, ni que sepa que he venido. ¡Suéltalo!

¿Quieres?

—En Corney Island. Tiene allí una quinta de veraneo. Es un edificio magnífico. Junto a la playa. —Levantó los ojos para mirar hacia la ventana. Se presentaba un día caluroso, a juzgar por el sol que se veía afuera. Agregó—: Apuesto lo que quieras a que Carla está allí.

Me describió la quinta y después me miró.

—Por lo visto, la tal Montesi se encuentra en buena posición.

¿Rica, o acaso hay algún amigo de por medio? ¿Quién es?

Sonrió levemente.

—Ahora no lo sé. Pero antes... En fin, creo que no debo decirte nada más. Quedé pensativo unos segundos, y luego lancé la pregunta:

—¿Crees posible que sea la que ha asesinado a tu marido?

—No. De Carla no se puede pensar eso. No me cabe en la cabeza. ¿Qué beneficios podría reportarle su muerte?

Confesé que no lo sabía.

—Puede ser una venganza —dije después, para agregar al cabo de una ligera pausa—: ¿Hay alguna mujer más, Vera?

Me miró durante largo rato. Mientras lo hacía, llenó de nuevo los vasos. Bebió un largo trago. Después se recostó contra el sofá. Lo mismo que una peligrosa y hermosa pantera.

—No, que yo sepa —declaró en un susurro—. Las corrientes, ¿sabes? Las de siempre.

Las que van a buscarle a la «Jaula de Oro». O mejor dicho, las que él cita o citaba allí.

—¿Dónde las llevaba luego? Se encogió de hombros.

—No lo sé, Jimmy. Palabra que no. —Se puso en pie, yendo hacia la puerta del dormitorio. Desde ella habló—: Espera unos minutos, querido.

Aguardé, impaciente.

El reloj corría más aprisa de lo corriente, según ilusión mía. Me imaginaba a los coches de la Brigada Volante, a todo gas hacia la casa.

Al fin regresó junto a mí, llevando entre sus manos un alargado sobre. Andando felinamente, sin cuidarse para nada de la abierta «deshabillé» que mostraba sus lindas y hermosas piernas al desnudo.

Me dio el sobre.

Miré su contenido y silbé. Luego la contemplé con gesto interrogativo.

—He decidido aumentar la tarifa, querido —dijo—. Ahí tienes los veinticinco mil dólares. Si me sacas de este mal paso, recibirás otros tantos al terminar.

Me acerqué y la besé. Se pegó a mí como una lapa. Jadeando se separó, y entonces solté la pregunta que quise hacer desde un

principio:

—¿Quién es esa desconocida mujer que iba con tu marido, Vera? ¿Carla, acaso? Denegó con la cabeza.

—No la conozco, Jimmy. Puedes creerme. Es para mí un misterio. Pero sé que existe. Me dio la espalda y se contoneó al andar hacia la ventana. Se asomó por ella, mirando la calle. Entonces recordé algo.

—Oye, Vera. ¿De qué me conoces a mí?

La oí reír.

—Te sorprenderías si te lo dijera, querido. Y ahora vete rápidamente, Jimmy —añadió con voz ronca—. Ya vienen.

Luego lanzó un ronco gemido y se vino al suelo, mientras los cristales del amplio ventanal se astillaban.

Como fascinado, miré su cuerpo desmadejado en el suelo, caído boca arriba, mientras que de su seno izquierdo brotaba la sangre. Poca. Muy poca. Demasiado poca para mi gusto. Avancé, mirando el cristal. Mirándola a ella. Estaba muerta. La habían matado desde el enorme edificio que había enfrente, seguramente con un rifle provisto de silenciador y mira telescópica.

No me acerqué a la ventana para examinar el orificio que había en el cristal. Tampoco me incliné sobre ella. Aquel «Ya vienen, querido» sonaba en mis oídos como algo en extremo lúgubre.

Sabía que la policía estaba en la calle. Que iban a subir de un momento a otro.

¡Mis huellas digitales!

Lancé una maldición al pensar en ello. Al darme cuenta de que no podría salir precipitadamente a la calle y entrar en el edificio fronterizo para buscar al asesino. ¡Sabía que todavía estaba allí!

Lo sabía, o al menos lo suponía.

Palpé la «Magnum» en la funda de mi axila y me apuré.

La botella de *whisky*, achatada, y ya más que mediada, junto con los dos vasos, pasaron a mi bolsillo. ¿Qué más había tocado con las manos?

Maldije de nuevo, al no poder recordar.

Salí apresuradamente y cerré la puerta del apartamento con el llavín que ella me dio.

Llavín que no podría usar nunca más.

Llegué a la calle justamente cuando los primeros hombres de la

Brigada Volante y del Departamento de Homicidios saltaban de los automóviles, ante el estupor curioso de los transeúntes.

Aun hoy, y mientras escribo esta parte de mi vida, no comprendo cómo pude escabullirme sin que alguno de ellos lograra echarme la vista encima.

De nuevo con el volante en las manos, conduje hacia el bar de Mike. Detuve el «Cadillac» en la acera opuesta. Crucé la calle y entré.

No había nadie. Tampoco estaba Mike, sino otro, barman llamado Jeff O'Leary, al que yo sólo conocía de vista. Por lo visto, Mike estaba de descanso aquel día.

Entré en la cabina telefónica y marqué el número de mi despacho. El timbre repiqueteó varios minutos antes de que comprendiera que Alvia no estaba en la oficina.

¿Dónde diablos se habría metido, ahora que la necesitaba con urgencia? Colgué y volví a llamar, ahora a la oficina de Pool.

Verónica se puso al aparato.

—¿Y Pool, Verónica? —pregunté.

—No está. Telefoneó esta mañana diciendo que le estaba siguiendo la pista a la amante fantasma de ese cerdo de Perkins. A propósito de Perkins, querido. Pool me ha...

La atajé porque sabía lo que me iba a decir.

—Sí, ya lo sé. Lo asesinaron, ¿sabes?

—Sí. Viene en los periódicos, en edición extraordinaria. Creo que estás en un buen apuro, Jimmy.

—¿Algo más? —pregunté secamente, pensando en lo que dirían Pool y ella, si llegaban a saber que también habían matado a Vera, y delante de mis propias narices.

—No. Nada. —Hizo una pausa y al fin preguntó—: ¿Qué hay de nuestra cita para esta noche?

Pensé en Vera.

Vera, que había muerto asesinada por algo que no lograba comprender.

—No sé si podré acudir, preciosa. Pero ¿por qué no me esperas tú en mi apartamento? Hay una llave del mismo en el cajón de mi mesa despacho. Yo tengo que hacer. He de trabajar deprisa.

—Eso no le gustará a Alvia.

—Escucha, nena: no me importa si le gusta o no. Tú haz lo que

te digo. Creo que para entonces ya sabremos algo de Pool. Te telefonearé si podemos vernos en otro sitio que no sea allí.

—Es sólo por Pool, ¿verdad? Por lo que él tenga que decirte, ¿no?

—Sí, encanto. Sólo por Pool. Él es mi amigo, ¿no? La oí suspirar.

—De acuerdo. Iré.

Colgó antes de que yo pudiera decir nada más.

Fui entonces al mostrador, me encaramé sobre uno de los taburetes y pedí un bocadillo de jamón y una cerveza.

Después de pagar, salí a la calle.

La policía estaba allí, junto al edificio donde yo tenía mi despacho. Pensé en Alvia, que ya debía haber regresado.

En Alvia, en sus piernas y en su todo, que tenía de tan contundente forma. Duryea estaba listo si quería competir en astucia con ella.

Lentamente, y procurando no ser demasiado visto, pensando que la policía se estaba moviendo rápidamente en aquel asunto, me acerqué al «Cadillac». Puse el motor en marcha y me dirigí rectamente hacia Brooklyn, que atravesé con toda la velocidad que me permitían las leyes del Código de Circulación.

CAPÍTULO VIII

En cierto modo, Carla Montesi me recordó a Vera.

Tenía el pelo completamente negro, pero sus ojos eran de un azul cambiante e intenso.

Joven, de unos veintidós años de edad. Alta y delgada, aunque de carnes prietas y morenas. De largas y magníficas piernas, y una cintura que yo juraría poder abarcar con mis manos fuertes y grandes.

Recuerdo que llamé al timbre y que nadie me abrió la puerta. Entonces pensé en Vera.

Ella me había dicho que seguramente la encontraría en la playa. Fui.

Nadie me dijo quién era, pero yo la reconocí al instante.

La playa estaba solitaria a aquella hora. Pero ella, Carla, estaba allí. En «bikini».

Tendida sobre la arena y tostándose al sol.

Sin prejuicios tontos de ninguna clase, la admiré, porque era digna de admiración. De los pies a la cabeza.

Era una de las latinas más bellas y hermosas que yo había visto en mi vida.

Seguí avanzando, sin poder apartar mis ojos de aquéllas, maravillosas y felinas curvas, pensando que al fin había visto una mujer digna de ponerle un anillo al dedo.

Oyó mis pasos en la arena cuando ya estaba relativamente cerca de ella. Volvió la cabeza para mirarme y vi el brillo de sus ojos azules e intensos y el gesto de desagrado que hizo al verme.

Entonces admiré su pelo, largo hasta la espalda, y sujeto por una cinta de colorines. La brisa del mar lo movía ahora de una forma embrujadora, ya que Carla se había sentado sobre la arena, tan pronto como comprendió que yo iba a abordarla.

Mirándome de pies a cabeza, hasta que me detuve cuando mis

zapatos entraron casi en contacto con su cuerpo de sirena.

—¿Qué quiere usted? ¡Lárguese y déjeme en paz! No me gustan los moscones a mi alrededor.

Eso fue lo que dijo antes de que yo hubiera podido abrir la boca.

—No tan deprisa, ricura —contesté rápidamente—. Antes quiero hablar con usted.

—¿Está seguro de que yo lo deseo, a mi vez?

—No. Apostaría a que no. —La miré, y después solté de sopetón —: Esta madrugada asesinaron a Joel Perkins, ricura. Por lo tanto, será mejor que hablemos, pero no aquí, sino en cualquier sitio privado.

Se puso en pie de un salto. Me tomó por las solapas y entonces vi que ella tenía fuego en sus ojos. Tanto como Alvia en sus besos y caricias.

La rechacé, mientras decía:

—No es posible. ¡Está usted mintiendo! —Me miró atentamente, pasado ya el primer arrebato, y añadió—: ¿Quién es usted? ¿Policía?

No dije ni que sí ni que no. Dejé que pensara de mí lo que quisiera.

Mientras lo pensaba, me agaché y recogí el albornoz de ella. Como si supiera de antemano lo que iba a hacer, Carla se volvió de espaldas a mí, y yo se lo coloqué sobre los hombros.

—¿Vamos? —pregunté.

—Sí, gracias.

Pero no temblaba. No tembló tampoco cuándo dio media vuelta y se encaminó directamente hacia la quinta. El albornoz le llegaba un poco por debajo de las caderas, por lo que pude seguir admirando sus piernas mientras andábamos camino de la casa.

Me franqueó la entrada sin una sonrisa, y después de cerrar con llave detrás de mí, me introdujo en el «*living*».

Era una casa grande y alegre. Adornada con muebles caros y con un gusto exquisito.

Con soberana elegancia.

La miré mientras se volvía hacia mí.

—¿Todo esto es suyo? —pregunté.

—Sí.

Contestaba de una forma mecánica y estudiada, sin dejar de

mirarme con sus grandes y rasgados ojos.

Comprendí que me tomaba por un miembro de la policía, y la dejé creerlo, al menos por el momento.

—¿Joel Perkins, ricura? Me miró y bajó los ojos.

—Sí. Compró la quinta para mí. Pero no es lo que usted se figura, así como tampoco tengo nada que ver con ese crimen. Todos dicen lo mismo, al menos eso he oído comentar. Pero yo no le maté, aunque bien muerto está. Y me alegro de ello. Si supiera quién lo hizo, daría incluso mi vida a cambio de la suya, en la silla eléctrica.

Aquello iba bien.

—¿Tanto mal le ha hecho a usted?

—Sí, mucho. —Me miró—. Pero, siéntese...

Lo hice sobre el sofá. Ella, en uno de los sillones, frente a mí, y después de quitarse el albornoz, que apenas si la cubría. El «bikini», como bordado de lentejuelas, brillaba, dándole un encanto difícil de describir.

Sí. Carla Montesi, la italiana, se merecía un anillo al dedo.

La vi esperando. Estudiándome lo mismo o con más atención que lo había hecho en la playa.

Empecé a preguntar:

—¿Quiere darme a entender que Joel Perkins compró esta quinta, la amuebló, se la regaló y que usted no tiene nada que ver con él?

—Sí. Extraño, ¿verdad? Pues es así, señor polizante. No soy ni he sido la amante de Joel Perkins. No es mi tipo, ni tampoco la persona que... —Calló unos instantes, interrumpiéndose para mirarme, y después añadió—: Aquella noche, aunque tarde para mí, logré huir de aquel cerdo, ¿comprende?

Había un profundo pesar y una infinita tristeza en sus ojos cuando me miró de frente.

Antes de que pudiera pedir una aclaración, ella añadió:

—¿Comprende ahora por qué no me importaría decirlo, si fuera verdad?

Sí. Creo que la comprendía, y creo también que no estaba mintiendo. ¿Cuántas cosas más sabría?

—¿Por qué no me lo cuenta todo desde un principio, querida? Puede que entonces logre ayudarla.

—¿Quiere decir que por ser dueña de todo esto me van a

inculpar del crimen? Por primera vez vi nerviosismo en ella, y un poco de miedo.

—Aún no lo sé, ricura —repliqué—. ¿Por qué no lo sueltas todo de una vez? ¿Por qué no te confiesas con Papá Noel, dulzura? —La tuteé bruscamente.

Abrió unos ojos como platos. Después, cabalgó una de las piernas sobre la otra, y advertí por el movimiento de sus senos que estaba conteniendo la respiración.

—Usted no es policía —dijo de pronto.

No pude evitar un respingo, y entonces ella sonrió, poniéndose en pie. En el acto, y sin perder la sonrisa, señaló la puerta de la calle.

—Salga. Salga de aquí. No me moví del sitio.



JUSTINO

—Salga. Salga de aquí — dijo la muchacha

—Piensa un poco —repliqué, sin dejar de tutearla—. Hasta ahora la policía no sabe nada de ti. Si salgo, si no me dices lo que quiero saber, la echaré sobre tus pasos, ¿comprendes? Puede que al teniente de Homicidios Duryea, le interesara saber que hay una mujer que se alegra de la muerte de Joel Perkins. Que, es más, la

deseaba desde hace mucho tiempo. ¿Qué decides?

De nuevo apareció el miedo en sus ojos.

Se sentó, lanzando un suspiro. Me miró con miedo, con rencor.

—Usted no hará eso. No se atreverá, ya que yo no le maté.

—No afirmaré yo tal cosa, ricura —repliqué—. Tengo interés en este caso, y no me voy a detener por nada, Ni aun por una mujer que me interesa y me gusta como ninguna otra.

Me miró a los ojos y sonrió.

—¿A pesar de lo que le he dicho? —preguntó con un gesto de coquetería. Comprendí que yo también le gustaba a ella. Era extraño, pero la verdad.

—A pesar de eso.

—Gracias. Es confortador oír a alguien decir eso. —Miró la cerrada puerta y luego a mí—. Antes que nada, ¿quiere decirme quién es usted y con qué derecho se ha metido en esto?

—Vera Perkins era mi cliente. —Saqué mi carnet profesional y se lo tendí. La morena Carla lo leyó y me lo devolvió. Yo seguí con mi explicación—: Me contrató antes de que mataran a su marido. Quería divorciarse de él. Al parecer, era un cerdo tiñoso. Uno de esos hombres...

—¡Sé cómo era! —me atajó—. Pero usted ha dicho «era» al referirse a Vera Perkins.

¿Es que...?

—Sí. Dije «era». Vera ha pasado a mejor vida. La asesinaron en su propio apartamento, con un rifle provisto de mira telescópica. De otro modo, no me lo explico.

¿Quieres hablar?

Estaba pálida como una muerta, y ahora sí temblaba. Me puse en pie, yendo al mueble bar. Preparé un fuerte combinado para ella y un «Manhattan» para mí.

Bebió todo el contenido del vaso de un solo sorbo. Luego me miró largamente y al fin empezó:

—Usted gana. Voy a contarle todo lo que sé. Yo era una de las secretarias de míster Perkins. Había oído hablar de él y de sus aficiones por las mujeres. De su depravación. Por eso, cuando noté que me perseguía por igual, intenté darle de lado por todos los medios. Así pasó el tiempo, y él se fue apartando de mí. Incluso llegó a tratarme como lo que era. Una simple empleada. Pero fue

una trampa, que yo no supe ver hasta que resultó demasiado tarde. Lo preparó todo muy bien, ¿comprende? Durante más de ocho meses, casi todos los días, me mandó por la noche, unas veces a un sitio y otras a otro, pero siempre para efectuar algún trabajo a deshoras. Bien de mecanografía o bien taquigráfico. Pero cierta noche...

Calló unos segundos y suspiró fuerte, mientras sus hermosos ojos se nublaban.

Después añadió como en un suspiro:

—Una noche, de esto hace ocho meses, me envió a otro sitio. A una quinta, situada en el kilómetro 34 de la carretera 53 Oeste. Dijo que era un trabajo muy urgente, y como otras veces, fui. Bajé del taxi que me llevó hasta allí. Cuando éste se alejó, avancé hasta la casa, pero antes de llegar, tres hombres salieron a mi encuentro. Entre los tres me llevaron dentro. Perkins estaba allí, con tres mujeres. Había bebida y comida por doquier. En fin, no voy a describirlo. —Se estremeció—. Fue horrible. Cuando logré huir, a las tres o las cuatro de la mañana... todo había terminado para mí. Me buscó al día siguiente. Él y sus sicarios. Me encontraron, no había más remedio. Tenía que ser así. Se extendió en una larga explicación, que me dio náuseas. Luego me hizo jurar que no le denunciaría. Tuve que hacerlo. Por muy desgraciada que se sienta una, no se desea morir en plena juventud. Cumplió todo lo prometido para que callara. Me compró la quinta y me pasaba todos los meses lo suficiente para vivir. Pero no me molestó más desde aquel día.

—Y usted calló, ¿no?

—Sí. Tenía miedo. Incluso hoy lo tengo también. Recuerde que aunque está muerto, yo conozco a los tres hombres que me arrastraron al interior de aquella casa. Pero eso no es todo. Él no me ha molestado más. No sé por qué. Tal vez tenía miedo de cargar con un asesinato, que podía más tarde o más temprano llevarle a la silla o la cámara de gas, pero me ha hecho seguir. Sí, he sido vigilada y lo soy aún. —Me miró de nuevo—. ¿No me cree?

Medité una a una todas sus palabras, antes de contestar:

—Podría creerte si viera una explicación plausible a ello. Sobre todo al motivo que has podido tener para contarme todo esto.

Me miró con infinita sorpresa.

—Usted dijo que hablaría con la policía, si no lo hacía. Antes de verme frente a uno de ellos, he preferido confiarme a usted. Pero yo no podré pagarle por sus servicios, míster Merrick.

—¿Sólo por eso me has contado esa historia?

—Sí. Sólo por eso.

La creí. En las últimas horas había oído tanto de Joel Perkins, que ya no me asombraba nada de lo que pudieran decirme, de él, siempre que fuera malo.

La miré a mi vez, y me puse en pie.

—Te creo —dije, señalando una cerrada puerta, que sin saber por qué adiviné que se trataba del dormitorio de ella—. Entra ahí dentro y vístete. Nos vamos.

De nuevo brilló el asombro en sus maravillosas pupilas.

—¿Dónde me va a llevar? ¿A la policía? Sonreí para tranquilizarla.

—Nada de eso. —Hice una pausa y pregunté—: ¿No tienes dónde ir? Ella pareció comprender, puesto que palideció de nuevo.

—No. No sé dónde. ¿Cree usted que me amenaza algún peligro? Yo sabía que era así, pero no se lo dije.

—Vístete —repliqué—. Te llevaré a mi apartamento de Nueva York.

Retrocedió un paso, mientras sus pupilas se achicaban. Replicó, mascando las palabras:

—¿Es así cómo piensa cobrar por su ayuda?

Sólo había una forma de contestarle y lo hice. Fui hacia ella y la prendí por los hombros desnudos. Noté que se estremecía, pero no la solté.

—Escucha, dulzura. Cierto que me gustas. Cierto que desearía cualquier cosa de ti. Pero no pienso cobrarte, ¿entiendes? Ni de ese modo ni de ningún otro. Cierto también que me gustaría besarte, y no sé si tardaré mucho en hacerlo. Pero mira bien una cosa, encanto: si yo quisiera alguna vez algo más de ti, te pondría un anillo en el dedo.

La solté entonces. Vi cómo alentaba, mirándome incrédula a los ojos.

—Gracias —musitó en un susurro, más para ella misma que para mí—. Confieso que nadie me hizo nunca una propuesta como ésta. No le creo, pero es de agradecer.

—De acuerdo, encanto. Déjate de sutilezas y vámonos. ¿O prefieres quedarte aquí? Miró en torno.

—No. Por ahora, no.

—Pues date prisa. Eres una pieza demasiado valiosa para dejarte a merced de uno de esos tres sicarios.

—¿Cree usted que me...?

—Te estoy esperando, muchacha.

Dio media vuelta y no pude por menos de seguirla con la vista hasta que se metió en su dormitorio.

Salíó minutos más tarde con una pequeña maleta, y vistiendo una sencilla y escotada blusa, amén de una cortísima falda, medias de caro nylon y zapatos de ocho pulgadas de tacón.

Soltó la maleta, se levantó un poco la falda, dio media vuelta hasta colocarse de espaldas y preguntó:

—¿Tengo bien rectas las costuras, míster Merrick? Allí sólo cabía una cosa, y la hice.

Sin que se volviera, la enlacé por la cintura, y cuando giró la cabeza para mirarme, la besé largamente en los labios. Después la solté.

Giró en redondo, con los ojos muy abiertos.

—Está empezando a cobrarse ya, ¿verdad?

—¡Diablos, no! Pero siempre que hagas algo parecido, yo replicaré de la misma forma, ricura.

Me miró largamente.

—No lo haga más, míster Merrick, si quiere que siga confiando en usted. No estaba muy seguro de ello, pero repliqué:

—De acuerdo, nena. No lo haré, al menos hasta que tú me lo pidas. ¿Vamos? Me miró de nuevo, de pies a cabeza.

—Es extraño —musitó—. Muy extraño lo que me pasa. No... no estoy muy segura si se lo voy a pedir o no, míster Merrick. Vámonos.

Me prendió del brazo con toda confianza, y salimos.

Fue al llegar al «Cadillac» cuando me soltó el brazo y me espetó:

—He estado pensando mientras me vestía, míster Merrick. A míster Perkins y su esposa, les ha matado una mujer.

Respingué ante el acento de convicción de Carla.

—¿Cómo lo sabes? ¿Acaso conoces a su amante secreta? ¿Sabes quién es?

—Sólo la he visto una vez, pero no puedo decir su nombre, ni tampoco sus señas. Recuerdo que, en cierta ocasión, Perkins comentó que había hecho una póliza de cien mil dólares a favor de una mujer, para el día en que muriera. Busque a esa mujer, y encontrará a su asesino.

—¿En qué compañía? —pregunté.

—No lo sé. Tampoco si se burlaba de mí o me decía la verdad. Callamos mientras el «Cadillac» rodaba hacia Nueva York.

CAPÍTULO IX

Aquello era un mundo de posibilidades.

Un amplio camino que tal vez me llevara a la solución del caso mucho antes que lo hiciera la policía.

Yo había recibido instrucciones de una mujer que ya estaba muerta, asesinada. Me había pagado por un trabajo, y estaba dispuesto a terminarlo, aunque Vera ya no perteneciera al mundo de los vivos.

Pensé en ella y en el teniente Duryea. En la botella y los vasos que había escondido bajo del asiento delantero del «Cadillac». En que posiblemente me estuviera buscando la policía.

Bueno, que lo hicieran. Yo no iba a estar en mi apartamento, sino la hermosa italiana que llevaba a mi lado. Le miré de soslayo. Carla me miraba a su vez por el espejo retrovisor, en el más completo silencio.

Eran las dos de la mañana cuando detuve el automóvil una cuadra más abajo de donde tenía mi vivienda. Carla me miró entonces francamente.

—¿Es aquí? —preguntó.

—Un poco más abajo, ricura. Iremos andando. Es decir, tendrás que esperar un poco. Un bar.

Eso es lo que me hacía falta en aquel momento. Un bar para dejar a Carla.

—¿Tienes algunos dólares, encanto? —pregunté. Me miró con sorpresa.

—Sí. Algunos.

Metió la mano en el bolso, pero yo la atajé.

—Ven conmigo.

Tiré de ella. Diez yardas más allá me detuve, señalándole el letrero luminoso de un bar. Entregándole la llave de mi apartamento, le dije:

—Sé buena chica y entra en ese bar, encanto —acto seguido, y después de darle las señas del mismo, añadí—: Hay una mujer que me está esperando. Es la amiga de uno de los hombres que de vez en cuando trabaja para mí. Aguarda en la barra. Yo entraré con ella. Cuando nos veas, paga lo que hayas consumido y lárgate.

Fue a manifestar algo, pero no la dejé. Volví la espalda y caminé hacia mi casa, sin volverme para comprobar si había seguido mis instrucciones.

Todo era proporcionado en Verónica Owen. Su estatura, las curvas de su cuerpo juvenil y elegante, sus ojos enormes y grises, su pelo trigueño, y sus maravillosas piernas.

Pool siempre había sido de un gusto exquisito. Pool era un sibarita.

Verónica estaba tendida en el sofá. Durmiendo. La desperté, besándola en la nariz. Abrió os ojos, y se puso en pie de un salto.

—Temí que lo hicieras, Jimmy. ¡Sabía que vendrías!

—¿Sí? —pregunté, extrañado—. ¿Y por qué no tenía que hacerlo?

—¡Estás loco, Jimmy! ¿Sabes que te está buscando la policía? El teniente Duryea ha estado «trabajando» a Alvia durante toda la tarde de ayer. Quería saber a toda costa dónde estabas.

—¿Cómo ha sido? ¿Por qué me buscan?

Me miró con sus grandes ojos abiertos hasta el paroxismo:

—Han averiguado que estuviste con la Perkins, en su apartamento. Encontraron una huella digital tuya en la puerta. En el timbre. ¡Tienes que huir, Jimmy!

El timbre.

Sí. Estaba seguro de ello. Era el único lugar donde no se me ocurrió pasar el pañuelo.

De nada había servido que me llevara la botella y los vasos.

Bueno, ya no había remedio. Por lo tanto, procuré apartar de mi mente que tenía a todo el Departamento de Homicidios detrás de mí y pregunté:

—¿Qué ha averiguado Pool, dulzura?

—Vete, Jimmy. Pool me ha dicho que lo hagas. Él trabajará este asunto hasta averiguar la verdad.

—¡Bien por Pool!

—Tú, entretanto, puedes permanecer escondido.

Denegué con la cabeza.

—¿Qué ha averiguado, dulzura? —repetí con terquedad casi infantil.

—¡Vete al cuerno! —Fue la consoladora respuesta que recibí, para casi en el acto oír a continuación—: Pool fue a la «Jaula de Oro». La dama misteriosa de Joel Perkins ha sido vista allí varias veces. Tina Forrester, la cantante, la recuerda. Pero allí se pierde la pista. En cuanto a Joel Perkins... —Aquí Verónica me contó de él todo cuanto yo sabía por otros conductos, para terminar diciendo—. Pool sigue detrás de la pista de la dama. También intenta dar con una de las casas donde el muerto corría sus juergas. Ahora tú, ¿qué piensas hacer?

—Mantenerme en contacto con Pool. Díselo de mi parte. Me pondré en comunicación con él a cualquier hora, y por el medio que se me ocurra.

—¿No piensas esconderte, Jimmy? Si Duryea te pesca, lo vas a pasar mal.

—¿Crees que no lo sé?

—¿Entonces...?

—Haz lo que te he dicho, encanto. Dile a Pool que ya hablaré con él tan pronto pueda. Se inclinó sobre el sofá para tomar su bolso.

—¿Te marchas? —pregunté, deseando que lo hiciera cuanto antes.

—Sí, Jimmy. Ahora mismo —fue hasta la puerta—. Cuídate, ¿quieres? ¡Ah! Y gracias por la cena. Tenía hambre, ¿sabes? Por lo tanto, he saqueado tu despensa.

Reí, y eso que no tenía ganas de hacerlo.

La acompañé hasta el ascensor, donde ella me devolvió la llave de mi apartamento.

Luego, al ver que yo entraba en el armatoste mecánico preguntó:

—¿Vas a salir?

—¿No pretenderás que me quede dentro? Esta noche, y con las primeras luces, puede venir la policía. Lo que me extraña es que no lo hayan hecho ya.

—Lo hicieron, pero come no estabas, no han vuelto.

Pensé en si habría alguien vigilando la casa, pero yo no vi nada sospechoso al entrar. Pero podían hacerlo en cualquier momento.

Una vez en la calle, mientras yo permanecía en el portal, ella detuvo un taxi. La vi subir y alejarse. Cuando el faro piloto se perdió en la distancia, miré a todos lados.

Después, completamente satisfecho, fui al bar donde me esperaba Carla.

Estaba encaramada a uno de los altos taburetes, con su pelo negro sobre la espalda, y la cara vuelta hacia la puerta.

Vi la sorpresa retratada en su semblante, ya que yo llegaba sin compañía femenina. Me acerqué.

—Ella se ha ido. Por lo tanto, puedes irte a dormir, si no tienes miedo a la policía.

—¿La policía? Usted dijo...

—Sé lo que dije, dulzura. Pero no es culpa mía. Me están buscando. Creen que yo liquidé a la Perkins.

—Eso es una idiotez, míster Merrick.

—¿Cómo estás tan segura de que no lo hice yo?

—Se lo diré después. Ahora dígame; ¿qué quiere que haga?

—No lo sé. Contaba con mi apartamento para ti, hasta que pasara esto, pero con Duryea detrás...

Pagó y se bajó del taburete.

—Tengo sueño —dijo, bostezando—. Por lo tanto, me voy a dormir. La miré, incrédulo.

—¿Piensas ir allí?

—Sí.

—¿Y la policía? No te quepa la menor duda de que volverán y te encontrarán dentro.

—¿Qué importancia tiene eso? Soy mayor de edad y puedo vivir como mejor me acomode. Aunque me vean, nadie me relacionará con Joel Perkins. ¿Comprende? Nadie, por el momento. Cuando lo hagan... Bien, confío en que usted haya descubierto para entonces a esa misteriosa mujer.

—Te preguntarán, Carla. Intentarán saber qué te une a mí. Creerán que... Se rió, encogiéndose de hombros.

—¿Qué importa ya? Vamos, acompáñeme hasta la puerta. Y si yo fuera usted, aprovecharía para dormir un poco. Supongo que su apartamento será lo suficientemente amplio como para poder dormir los dos en él, ¿no?

Lo era, pero yo no deseaba que me cazaran dentro. Estaba lo

suficientemente agotado como para dormir de un tirón más de veinte horas, pero no fui.

—Vamos —dije—. Te acompañaré hasta allí. Después, buscaré un hotel en los bajos fondos del Bronx.

Abrí la puerta de la calle y entramos en el portal.

Ella avanzó hasta el ascensor. Se volvió para mirarme.

—¿Quiere acercarse un poco, Jimmy? Lo hice.

Carla se aproximó aún más, y se empinó sobre la punta de los pies.

—Deme un beso, Jimmy —pidió ante mi sorpresa.

Al separarnos se retrepó contra la puerta corredera del ascensor.

—Gracias por todo, Jimmy —dijo entrecortadamente—. Gracias. No olvidaré esto, palabra. No lo olvidaré, y algún día, puede que hasta llegue a pagarle todo cuanto le debo.

—¿Aún más?

Sonrió.

—Sí, Jimmy: Aún más.

—Si necesitas algo, avisa a mi secretaria, que ella te pondrá en contacto conmigo.

Entró rápidamente en el ascensor, y lo último que vi, antes de, que éste desapareciera camino de mi apartamento, fue cómo se miraba al espejo para arreglarse el alborotado pelo. Salí a la calle y conduje el «Cadillac» hacia el río Hudson. Lo estacioné de cualquier modo, y retrocedí andando un par de cuadras. Después, tomé un taxi y me hice conducir al apartamento de Alvia.

Pero también lo abandoné mucho antes de llegar.

CAPÍTULO X

Alvia no se había acostado.

Lo comprendí en el momento de cerrar la puerta, ya que en el acto oí un rápido y vivo taconeo procedente de mi espalda.

Me volví con el tiempo justo para recibirla entre mis brazos, pensando si aquello era una mujer, o un tornado. Me besó como una loca, llena de fuego.

Después se separó, mirándome.

—¿Dónde has estado, querido? —preguntó.

Me senté en uno de los sillones, sin replicar. Ella entró en el «*living*» para reaparecer casi en el acto con un alto vaso, lleno de *whisky* con trocitos de hielo.

Bebí un poco, y entonces repliqué:

—En Corney Island, Alvia. Había allí una mujer a la cual tenía interés por ver. No replicó a aquello, sino que me miró largamente y a los ojos.

—¿Sabes que te busca la policía? Pero sí, claro que lo sabes. Verónica Owens estuvo esta tarde en la oficina, en busca de la llave de tu casa. Dijo que tenía un recado urgente para ti, de parte de Pool. Se la di. Pude dársela porque cuando ella llegó, el teniente Duryea ya se había ido.

—¿Cómo te fue con él, querida?

—¡Oh! Puedes suponértelo. Quería a toda costa que yo le dijera dónde estabas. Por supuesto, que no lo sabía. Recurrió hasta a la amenaza. Me ha dicho que si tengo noticias tuyas o sé algo, que le telefonee al Precinto, si no quiero cargar con las consecuencias.

Con un seco ademán, señalé el teléfono.

—¡Tonto!

Y vino de nuevo a mis brazos. Luego, cuando nos separamos, ella preguntó:

—¿Quién es esa mujer, Jimmy?

—Una italiana llamada Carla Montesi, Alvia. Muy hermosa, y con una linda historia que contar. Una historia referente a Joel Perkins —la miré, esperando el estampido—. La traje conmigo. Está en mi apartamento.

—¡Jimmy!

—No te alteres, dulzura. La chica me sirve, pero profesionalmente. Quiero que esa historia se la cuente a una dama. Una dama que ahora, con la muerte de Perkins, cobrará una póliza por valor de cien mil dólares. ¿Comprendes? La Montesi dice que sólo la ha visto una vez, que no está segura, pero que la puede reconocer. Al no estar segura, me refiero a que sea precisamente esa dama la que tenga que cobrar la póliza, la he traído. No quiero que la liquiden también, al menos antes de tiempo —terminé con todo el cinismo de que era capaz.

—¿Sólo por eso?

—¿Por qué otra cosa si no, Alvia?

—¡Qué sé yo! —calló unos segundos—. Bien, no discutamos. ¿Por qué no me lo cuentas todo, querido? —preguntó—. Puede que yo logre ayudarte en algo.

Le expliqué de pe a pa todo lo que me había acontecido hasta entonces.

—Si me hubieras llevado a casa de Vera, tal y como prometiste, a estas horas no te estaría buscando toda la policía, Jimmy.

Eso fue lo que me replicó. ¡Bien por mi secretaria!

—Te dije que te llevaría, pero a las doce de la noche, hora en que tenía la cita con ella, cariño. Pero, como has visto por mi historia, las cosas se precipitaron bastante.

Quedó unos minutos pensativa. Los que empleó para sacar un cigarrillo y encenderlo.

—De modo que esa Carla Montesi ha visto una vez a esa dama desconocida, ¿no, Jimmy?

—Sí. Eso me ha dicho.

—Si es verdad, ¿cómo piensas descubrirla? Ella no sabe dónde vive ni cómo se llama.

¿No es así?

Así era en verdad.

Repliqué:

—No lo sé, pero creo que en las próximas horas los

acontecimientos se precipitarán de un modo u otro.

—Sí, pero...

Consulté mi reloj, sin escucharla. Eran las cinco de la mañana. Bostecé.

—¿Puedo quedarme aquí?

—¿No estás en tu casa? Decididamente, Alvia era un sol. Me puse en pie.

—Me hace falta afeitarme. Apuesto a que no tienes cuchillas de afeitar. Se rió alegremente.

—Perderías, querido. Tengo una en el cuarto de baño. La que uso yo. Puedes servirte de ella.

Di las gracias y, me encaminé hacia allí.

Mientras me afeitaba con una de esas diminutas máquinas que usan las mujeres, caí en la cuenta de algo.

Algo que pude decirle a Verónica y que se me escapó.

Algo que también debí decirle a Carla, y que, arrullado por sus besos, se borró de mi imaginación.

Terminé de afeitarme, me duché, y fui al «*living*». Alvia me miró con gesto aprobatorio.

—Así estás mejor, querido.

No hice caso. Llevaba una idea en la mente y tenía que soltarla, si no quería olvidarme otra vez de ella.

—Escucha, dulzura; necesito de ti.

—¿Y bien...?

—Mañana, es decir, hoy, cuando te levantes, vas a ir a mi apartamento. Vigila bien por si hay alguien en la calle —pensé unos segundos—. Es mejor que no vayas allí —agregué después de recapacitar—. Ve a la oficina de Pool, pero procura que no, te sigan. Quiero que le digas que por la noche, a eso de las nueve y media o las diez, le espero en la «Jaula de Oro». Él ya sabe dónde está.

—¿Por qué en la «Jaula de Oro», Jimmy? —quiso saber ella.

—Porque allí es donde ha sido vista esa mujer fantasma. Últimamente ha estado en ese bar, club o lo que sea. Puede que entre los dos encontremos una pista.

—Según tú, él no ha encontrado nada.

—No, pero cuatro ojos ven más que dos. ¿Irás?

—Sí, claro, querido. Lo que tú digas. Bostecé de nuevo, y me fui a dormir.

Desperté cerca de las doce del día. Como es natural, Alvia no estaba en el apartamento. La adiviné en la oficina de Pool, y después en mi despacho, esperando la llegada de la policía.

Porque estaba seguro de esto. Duryea vigilaría mi oficina, vigilaría todo aquello que se rozaba o se había rozado conmigo. También tendría intervenido el teléfono. Esto es lo primero que habría hecho.

Seguramente el de mi alojamiento también lo estaba. El que tenía frente a mí, el de Alvia también. Me mordí los puños. No podía en modo alguno telefonar a Pool o a Carla.

Por eso mandé a Alvia a la oficina del primero. Porque no me fiaba de los teléfonos.

Tenía que esperar hasta las ocho de la noche. Una larga espera en un apartamento que no era el mío, completamente solo, ya que estaba seguro de que Alvia ni telefonaría, ni se dejaría ver por los alrededores, por lo menos hasta que no estuviera segura de que yo me había ido.

Pero no pude esperar tanto tiempo, y no por mi voluntad.

Acababa de vestirme, después de asearme, cuando el sonido de las sirenas de la policía me estremeció. Corrí hacia la ventana, mientras me ponía la chaqueta, después de colgarme la «Magnum» bajo la axila.

Tres automóviles del Departamento de Homicidios acababan de desembocar en la calle. Vi cómo frenaban en seco, y luego distinguí al teniente Duryea al mando de sus hombres.

¡Venían por mí!

¿Cómo se habían enterado de que yo estaba allí?

Empezaban a atravesar la calle. Sabía lo que esto supondría, si llegaban a la casa antes de que yo saliera del apartamento.

Por lo tanto, corrí hacia la puerta, que cerré a mi espalda. Pulsé el botón de llamada, y un minuto después el ascensor se detenía frente a mí.

Penetré en él, pero no para ir a la planta baja, sino para subir hasta el último piso. Una vez allí, mandé el ascensor hacia abajo, y, pegado al hueco del mismo, escuché.

La policía subía en tropel por la escalera. Los oía claramente, y entonces llamé imbécil a Duryea. ¿A quién se le ocurre hacer tanto ruido?

Fueron minutos de angustia los que sentí hasta que todo quedó en silencio, tan sólo roto ahora por las conversaciones de los inquilinos del inmueble, que se preguntaban unos a otros por lo que estaba ocurriendo allí.

Entonces me arriesgué, comprendiendo que Duryea y sus ayudantes estaban dentro del apartamento de Alvia.

Empecé a bajar la escalera, con el corazón en vilo.

La primera parte de mi sencillo pero arriesgado plan estaba dando resultados. Ninguno de los curiosos inquilinos se fijó en mí para nada.

Ahora, lo que estaba por ver, es si lo haría algún policía. Estaba seguro de que Duryea habría puesto, al menos uno, de vigilancia en la puerta.

Si el hombre era conocido mío, o llevaba alguna fotografía para reconocirme, estaba listo.

Finalmente, alcancé el descansillo cuyo recodo me ocultaba la puerta del aposento. Me acerqué lentamente y miré. ¡Había un policía frente a la misma!

Pero no le conocía. Yo al menos no le había visto en mi vida.

Continué bajando, sin apresurarme, con el corazón saltándome dentro del pecho como un potro desbocado.

Pasé por su lado, me miró, y estoy por asegurar que en aquel momento mi corazón dejó de latir unos segundos. Sentí como mis piernas temblaban, e hice esfuerzos para caminar firmemente.

Continué bajando, ante la mirada del policía, y al fin le perdí de vista. Me llevé la mano a la boca para ahogar el suspiro de alivio, que pugnaba por brotar de ella.

En la calle había policías, pero también mucha gente. Por lo tanto, no me costó mucho trabajo mezclarme entre ella, y salir de allí rápidamente.

Todo lo rápidamente que podía, y sin llamar la atención por ello. Pasé el resto del día entre los «docks» del puerto.

CAPÍTULO XI

Pool ya estaba allí cuando me presenté, sin tenerlas todas conmigo. Lo confieso sin un solo rubor. Conozco a la policía lo suficiente para no desear ser «enchiquerado», y mucho menos por algo que no he cometido.

Se encontraba en uno de los reservados de la «Jaula de Oro», aunque yo no lo sabía. Por lo tanto, sin dejar de mirar a los clientes y a la puerta, me acomodé en uno de los taburetes, en el mismo mostrador.

Fui a pedir un «Manhattan», pero el movimiento de mi mano lo interrumpió una voz de mujer:

—¿Es usted Jimmy Merrick?

No me, moví. Simplemente pedí el «Manhattan». Me sirvieron. Al llevármelo a los labios; una mano femenina se colgó de mi brazo.

Giré el rostro para mirarla.

Perdí el resuello ante la portentosa trigueña que me miraba con sus grandes y almendrados ojos pardos. Ante su sonrisa, ante la profundidad de su escote, ante su falda abierta y ante sus piernas, enfundadas en medias de malla.

Sin perder la sonrisa, y mientras intentaba recuperar mi perdida respiración la oí decir:

—Me llamo Tina Forrester, míster Merrick. Pool le está esperando —y como viera que yo seguía tenso, mirándola sin mover un solo músculo del rostro agregó—: Puede confiar en mí. Pool ha sido quién me ha indicado cómo era usted.

—¿Qué le dijo, querida?

—«Mira, encanto —replicó ella—. Ve al bar. Si entra un tipo de unos seis pies y varias pulgadas, con cara de rata acorralada, háblale. Ése es mi amigo Jimmy Merrick. Dile que le estoy esperando».

Sentí deseos de reír. Aquello era muy de Pool. Por lo tanto, la

trigueña Tina no me estaba engañando. No era una trampa.

Bajé del taburete, mientras ella cogía el vaso con el «Manhattan», y la seguí hasta el reservado.

Pool se levantó al verme. Me tendió la mano, que estreché.

Es bajito y completamente calvo. Por eso nunca llego a explicarme cómo se entiende con Verónica, que es mucho más alta que él. ¡Bah! ¡Misterios de la mente humana!

¡Misterios del corazón femenino, si es que las mujeres tienen esa víscera cardíaca!

Dejé de pensar al sentarme junto a los dos, y después de que él me la hubiera presentado.

Nos miramos en silencio durante unos segundos. Al fin Pool lo rompió:

—Puedes hablar con entera confianza, Jimmy. Tina lo es. La miré y me sonrió. Sentí cosquillas en la nuca.

—Sí —repliqué—. Será mejor que empiece a hacer preguntas —y aún ahora recuerdo que no pensé nada en la cifra astronómica que tendría que pagarle a Pool cuando me presentara su minuta—. Bien, pues ahí va la primera: ¿sabes algo de esa mujer fantasma?

—Nada. Aquí se pierde la pista, aunque ha salido otra mujer. Una italiana. Carla Montesi. Tiene una quinta en...

—Lo sé, Pool —atajé suavemente—. Sé todo lo concerniente a la Montesi. La tengo en mi apartamento.

Dio un salto sobre la silla, mientras yo volvía los ojos hacia Tina.

—Escuche, Tina —dije, mirándola a los ojos—. Me haría un favor si contestara a una o dos preguntas —asintió en silencio, mientras Pool me miraba curiosamente—. Usted hace tiempo que está de cantante en esta especie de club. ¿Vio usted alguna vez a esa mujer fantasma? Creo que Pool me dijo que sí, pero no estoy seguro de ello. Si es así; ¿la recuerda? ¿Podría describírmela? Carla Montesi también la vio una vez, y dice que quizá podría reconocerla, si la volviera a ver. Es algo muy confuso, y yo quiero hechos concretos, Tina. Comprenda, la policía me está buscando por el asesinato de la Perkins. Apuesto a que si me pescan, intentarán colgarme también el de su marido.

Bebió un poco, pidió un cigarrillo, y después de encenderlo y cruzar una de sus largas y hermosas piernas sobre la otra replicó:

—Es difícil, míster Merrick. Cierto que la vi. No recuerdo

cuándo, pero fueron dos o tres veces. Su pelo lo mismo puede ser castaño que trigueño. La estatura superior a la normal, pero bien proporcionada. Muy hermosa. Cómo ve, es una descripción bastante vaga.

Sí, desde luego lo era.

Vaga, muy vaga.

Endiabladamente vaga. Pregunté entonces:

—El pelo, ¿pudo ser rubio tal vez y no trigueño?

Pool intervino entonces, y al hacerlo me di cuenta que su curiosidad aumentaba por momentos.

—¿Qué diablos intentas decir con esa pregunta, Jimmy? ¿Acaso sospechas de alguien?

Le miré a los ojos y creo recordar que incluso sonreí.

—Sí, Pool. Sospecho de dos mujeres. —Callé unos cuantos segundos, y agregué después—: Perkins hizo una póliza a favor de esa dama, por cien mil dólares. Moviliza a todos tus agentes y trata de averiguar en qué casa se hizo y quién es la beneficiaria. Encuentra eso y tendrás a la asesina, rubia, morena, castaña o trigueña.

—¿Cómo diablos sabes eso? —replicó—. ¿Por qué la asesina tiene que ser necesariamente la beneficiaria de la póliza?

Me encogí de hombros.

—A tu primera pregunta te diré que Vera Perkins me contó algo de esto, y que después Carla Montesi confirmó la noticia. A la segunda, es que no lo sé, pero tiene que ser así. Otra cosa...

Callé y encogí de nuevo los hombros. Después consulté el reloj. Miré respectivamente a Tina y Pool.

—Tienes que hacer esto y rápidamente, Pool. —Me puse en pie—. Es tarde y tengo que irme. —Luego agregué como para mí mismo, y sin saber por qué—: Si salgo bien de ésta, creo que voy a comprar un anillo para ofrecérselo a una dama.

Pool rió:

—¡Diablos, Jimmy! —exclamó—. Eres una caja de sorpresas. ¿Se puede saber quién es la dama?

—Ni yo mismo lo sé, chico. —Miré a Tina—. Adiós, y gracias.

Sin esperar respuesta, di media vuelta y me acerqué a la puerta del reservado. Pool me sujetó de un brazo. Le miré.

—Oye, Jimmy, ¿dónde vas a pasar la noche? Supongo que no

irás a tu apartamento. Duryea lo tiene vigilado. —Le agradecí el aviso, aunque no hacía falta, ya que yo lo sospechaba—. Puedes venir al mío. Hay sitio de sobra y la policía no sospechará.

—Tampoco sospecha de Alvia, al menos eso creo yo. Sonrió:

—¡Diablos, Jimmy! Nunca imaginé que ese explosivo de Alvia fuera la dama del anillo. En fin, si lo crees mejor, ve donde quieras. Yo te acompaño. Al menos durante, un rato. No quiero dejarte solo por ahora y de noche. Te acompañará al aposento de tu secretaria. Vamos.

Desde la puerta nos volvimos para saludar a Tina Forrester y salimos. Pool no debió hacerlo.

No debió ofrecerse para acompañarme.

Atravesamos el bar en completa calma, ya que no había policías a la vista y alcanzamos la calle.

Pool avanzó hacia la playa de estacionamiento, donde tenía su «Mercury», mientras yo le pisaba los talones. Puso la mano en la manija de la portezuela, y entonces les vi.

Eran tres.

Tres pandilleros que salieron inopinadamente de detrás de los otros automóviles que había junto al «Mercury».

Vi brillar las automáticas en sus manos.

—¡Cuidado, Pool!

Grité, mientras me lanzaba de cabeza hacia uno de los automóviles y extraía la «Magnum» de la funda sobaquera.

Mi grito llegó tarde. Se confundió con los taponazos de las automáticas de los tres *gangsters*. Pool se vino al suelo, mientras yo disparaba ya, tendido entre el filo de la acera y el automóvil tras el cual me había refugiado.

Uno de los *gangsters* se dobló por el centro, mientras que la detonación de mi automática, desprovista de silenciador, alarmaba a toda la calle.

Los dos restantes, sin dejar de tirar, retrocedieron al amparo de los automóviles. Pero ninguno de los dos llegó a ellos.

Disparé por dos veces.

Les apliqué mi propia ley. Una ley no escrita en ningún Código Penal. Pero una ley más efectiva que todas las habidas y por haber. Una ley que servía muy bien para tratar con alimañas de aquella especie.

Les vi caer en confuso montón. Corrí.

Corrí entonces como no lo he hecho en mi vida, mientras en la calle el tumulto crecía en forma alarmante.

Oí gritos e improperios. Luego los pasos precipitados de un grupo de valientes que se lanzaban contra mí.

—¡Ahí va! ¡Cogedle! ¡Detened a ese asesino!

Alcancé la esquina, justo cuando un hombre se lanzó contra mis piernas. Rodamos los dos por el suelo, pero no perdí mi automática.

Casi en el acto vi un rostro junto al mío y le aticé. Lo hice con el cañón de la «Magnum». El hombre quedó allí.

Corrí de nuevo.

Recto a la primera bocacalle, que doblé a toda marcha, para dirigirme de inmediato a la próxima esquina.

Seguí corriendo, con más velocidad que nunca. Y no porque creyera que me atraparían, sino que mientras lo hacía, comprendí quién era la mujer fantasma.

La asesina.

Estaba seguro de saberlo, aunque aún ignoraba parte del motivo que la había impulsado a cometer aquel desaguisado.

Y corrí cada vez más, con los pulmones a punto de salirse por la boca, porque creí imaginar cuál era el segundo golpe que preparaba, y contra quién.

Finalmente, alcancé una boca de metro. Me metí por ella. Saqué billete en una máquina automática, y descendí las escaleras de tres en tres, llevando ahora la «Magnum» en la funda de la axila.

Suspiré, satisfecho. Allí, aunque seguía casi corriendo, nadie parecía fijarse en mí. El metro es un lugar donde toda la gente parece tener siempre prisa.

Veinte minutos después salía de él en pleno Times Square, en el distrito v.

Miré de un lado a otro la calle desierta y entonces caminé aprisa hacía mi apartamento.

Carla.

Carla, a la que iban a matar.

¿Llegaba a tiempo?

La pregunta me hizo apretar el paso y luego correr, llevando ahora la «Magnum» en el bolsillo de la chaqueta, empuñada firmemente con la mano derecha.

Llegaba.

Fue entonces cuando la vi. Caminando a mi encuentro. Taconeando rápidamente por la acera, mirando de un lado para otro, como si estuviera asustada.

Aun así, en aquellas circunstancias, la admiré. Admiré el movimiento de sus caderas.

Admiré su grácil silueta. La elegancia de sus andares. Su «chic». Entonces me vio.

Apretó el paso. Corrió.

Yo, de manera instintiva, busqué el amparo de un portal. Me extrañaba que ella, a las doce de la noche, hubiera abandonado mi alojamiento para buscarme.

Mi alojamiento, que yo sabía vigilado por la policía, aunque en aquel momento brillaba por su ausencia.

¿Sí?

No lo sabía. No pensé tampoco en ello.

CAPÍTULO XII

Nunca he sufrido de alucinaciones, pero en aquel momento creí tenerlas.

Porque detrás de ella, desembocando de una calleja, una cuadra más abajo, vi mi propio «Cadillac».

El «Cadillac» que yo dejé abandonado cerca del Hudson.

Desembocó, como digo, por la calleja inmediata, con los faros apagados y a buena marcha. Tomó la recta y entonces oí el rugido del motor cuando aceleró hasta el máximo hacia nosotros.

Entonces reaccioné. Salté hacia ella.

Contra sus maravillosas piernas, que abracé fuertemente. Carla gritó, y acto seguido rodamos por el suelo, justo en medio de un oscuro portal, mientras que el estuco, el yeso y cemento saltaban hacia el cielo, impulsados por las pesadas balas de una ametralladora situada en una de las ventanillas.

Solté a Carla y extraje la «Magnum». El rosario de metal había pasado. Entonces disparé.

Disparé el resto del cargador contra los neumáticos traseros. Acerté. Uno de ellos estalló y el «Cadillac», después de un enorme bandazo, vino a chocar contra la pared opuesta.

Esperé, tendido en el suelo, junto al cuerpo hermoso de Carla, que me miraba sin decir palabra y con el rostro pálido como el de una muerta.

Una de las portezuelas traseras del «Cadillac» se abrió. Vi salir tres hombres. Los tres con armas cortas en la mano. Miré con lástima la descargada «Magnum», y entonces oí el furioso silbato de la policía.

Los tres *gangsters* se detuvieron en seco. Después se miraron y empezaron a retroceder hacia la próxima esquina.

Supe después que no llegaron, pero en aquel momento sólo me interesaban dos cosas. Carla, y salir de allí todo lo más rápidamente

posible.

Por pies.

La ayudé a levantarse y corrimos juntos. Hacía mi apartamento.

Alcanzamos la puerta de la escalera justo cuando en la calle sonaba la metralleta que llevaba mí «Cadillac» y los silbatos de la policía, junto con el ladrido de las armas cortas que se intensificaban por momentos.

No me entretuve en averiguar quién o quiénes llevaban las de perder. Entré, cerré a mi espalda y siempre conduciéndola del brazo, la empujé al interior del ascensor.

Pulsé el botón.

Entonces me volví a mirarla. Carla seguía pálida.

La besé mientras subíamos. Dos o tres veces. No recuerdo cuántas, pero conseguí que recuperara sus habituales colores, y unos pocos más.

—¡Por favor, Jimmy! No... no sea así. Esto no está bien.

Recordé horas atrás. Tampoco sé cuántas. Le sonreí, tomándola por la barbilla.

—Esto lo empezaste tú, si mal no recuerdo, Carla.

—Sí, es verdad —musitó.

Y vino a mis brazos, mientras en la calle los disparos terminaban.

Abrí la puerta de mi apartamento, sin encender la luz. La llevé al «*living*», y siempre a oscuras, dije:

—Asómate a esa ventana, ¿quieres, Carla? Pero procura que no te vean desde fuera. Comprendió...

Se acercó a ella, mientras que, siempre a oscuras, yo entraba en mi dormitorio, ahora el de ella, y rebuscaba, entre las ropas y los cajones del armario, un par de cargadores para la «Magnum».

Los encontré.

Carla estaba de espaldas a mí cuando regresé al «*living*».

Me acerqué a ella y la tomé por la cintura. Se estremeció, pero no hizo nada para apartarse del contacto de mi brazo.

—Están abajo, Jimmy —musitó quedamente—. La calle está llena de gente y policías que intentar apartarlos del lugar donde se encuentran los cadáveres de esos tres pistoleros.

—Se estremeció de nuevo. Luego añadió: —Creo... Sí, también hay un par de policías muertos.

—¿Conoces a esos tres *gangsters*, Carla?

—Sí, Jimmy. Son los mismos de aquella noche. Hombres que pertenecieron al «gang» de Perkins. ¿Quién les mandó contra mí? ¿Fueron ellos por propia iniciativa, o bien obedecen órdenes de alguien? ¿De quién? ¿De esa misteriosa y desconocida mujer?

¿De modo que lo sabía?

Sí, Carla sabía que aquellos tres no fueron en busca mía, sino en la de ella. Sabía que querían asesinarla también. Sin embargo, no temblaba.

La admiré de nuevo, y esta vez no por sus curvas de ensueño, no por el contoneo de sus caderas.

En aquel entonces oí la sirena de la ambulancia.

—¿Qué hacen ahora?

—Esperan, Jimmy. —Ladeó la cabeza y vi brillar sus ojos a la luz tenue que se filtraba a través de los visillos, procedente de la calle—. No debes quedarte aquí. Estoy segura de que subirán.

Yo también lo estaba, y aunque lo lamenté, sabía que ella tenía razón.

Hablé rápidamente, sabiendo que a partir del momento en que la ambulancia se llevara los cadáveres de los tres *gangsters*, yo tendría los minutos contados.

—¿Vino Duryea, Carla?

—Sí. Estuvo aquí. Me preguntó quién era... y le dejé creer lo que quiso. Me recomendó que, a pesar de todo, le avisara si te veía o averiguaba dónde estabas. Estuvo pesado. Tardó más de tres horas en interrogarme, intentando por todos los medios a su alcance pillarme en un renuncio, en una contradicción. No lo consiguió. —Repentinamente se volvió a mí y me prendió por las solapas de la americana—. ¡Jimmy! ¡Lo había olvidado! Y salí a la calle por ello. Iba al apartamento de tu secretaria para llevártelo, cuando tropecé contigo. ¡Y lo he olvidado!

Me soltó, alentando trabajosamente, a causa de la excitación que sentía.

Después metió la mano en las profundidades de su seno, y sacó un abultado y alargado sobre.

—Lo encontré después que se fue el teniente Duryea, mascullando imprecaciones contra la suerte de algunos tipos como tú. —Rió quedamente, aunque su risa fue forzada—. Creo que lo

decía por mí. Por creer que tú y yo... Bueno, lo saqué de tu buzón particular, y es de la difunta señora Perkins. —Me lo alargó y noté que ella lo había abierto. Fui a decir algo, y Carla me atajó—: Mi curiosidad pudo más, querido. Por lo tanto, lo abrí.

No dije nada, guardé el sobre en el momento justo que en la calle sonaba de nuevo la sirena de la policía.

Corrí a la ventana.

Tal y como presumí, el teniente Duryea acababa de llegar. Le vi bajarse del «Buick» y reunirse con sus hombres. Sin saber por qué, presumí que acto seguido haría una visita a Carla.

—Escucha —dije precipitadamente—. Quítate esa ropa, despínate, y ponte encima cualquier «mosquitero» de esos que debes usar. Un salto de cama o cosa por el estilo. Duryea es muy suspicaz, y no me conviene que sospeche que a estas horas de la noche estabas vestida de calle. Si llega a tener la menor idea de ello, lo vas a pasar mal.

La acompañé al dormitorio, dejándola allí, para acto seguido y después de besarla, salir por la ventana del lavabo que en mi apartamento da justamente sobre la escalera de salvamento para caso de incendios.

Bajé por ella, y segundos más tarde, pegado a las paredes de las casas, me perdí en la noche.

Cuando reaparecí de nuevo en escena, estaba dentro de un bar, en la Octava Avenida, esquina a la calle 50.

Un bar.

Pero uno de esos bares que tienen dos barras. La que da a la calle, y la otra en lo que bien pudiera llamarse el sótano.

Me encontraba en ésta, mirando la escalera, mientras bebía mi tercer «Manhattan». Pensando.

Pensando en aquella mujer fantasma. Sabía o creía saber quién era ella. Pero ¿cómo probarlo? ¿Cómo ir al teniente Duryea y decirle lo que sospechaba? Se reiría de mí.

También sentí deseos de reírme yo en aquel mismo momento.

De reírme, pero de furia impotente. De cólera, de rabia por la muerte de Pool, y mucho peor aún, por la muerte de Vera.

Entonces recordé la carta que me había dado Carla.

La saqué del bolsillo y comencé a leer. A medida que lo hacía, muchas incógnitas que aún bullían en mi mente se fueron

despejando. Volví a guardarla al terminar, bebí un poco y seguí pensando.

En Verónica, la amante de Pool. En Alvia, en Carla, en Perkins, y en todo aquel fantástico lío que amenazaba con enviarme a la silla eléctrica.

Cierto que hasta entonces había tenido suerte. Había escapado a las redes policíacas, pero ¿hasta cuándo duraría mi buena estrella?

Estaba seguro de que aquella asesina seguiría matando y que mataría cada vez más, a medida que el cerco se fuera estrechando en torno a ella.

¿A quién le tocaría ahora? Pensé en Carla.

Carla, que se había quedado sola en mi apartamento, y que no debió hacerlo en modo alguno. Instantáneamente, el recuerdo del teniente Duryea vino a mi memoria.

O yo era tonto de remate, o Duryea se la habría llevado detenida, a raíz del atentado del que yo mismo, conjuntamente con ella, habíamos sido objeto en la puerta de mi casa.

Si era así, podía respirar satisfecho. La verdad es que, perseguido como estaba, no sabía qué hacer con Carla.

Con Carla y su sin igual belleza italiana. Como una Venus de carne y hueso. Bien, tenía que ver a Alvia.

A Alvia y a Verónica. Esta última estaría desesperada con la muerte de Pool. Con el asesinato de Pool. Seguro que Duryea también me lo cargaba a mí.

Y a Tina Forrester. Sobre todo a esta última. ¿Querría ayudarme? Ella podía hacerlo y bien. Pero también estaba Carla.

Carla Montesi conocía a aquella mujer. Podía reconocerla.

Pero era muy posible que Carla estuviera en el Precinto 19, a disposición de Duryea.

Por lo tanto, quedaba la Forrester. Carla, Tina, Alvia y Verónica. Cuatro mujeres.

Las cuatro podían haberlo hecho. Pero yo sabía que sólo una tenía verdaderos motivos para ello.

Me decidí.

Entonces pedí la guía telefónica y busqué el aposento de la Forrester. Su dirección y no su teléfono.

Cierto que a las cinco de la madrugada, según mi reloj, no era una hora muy a propósito para presentarse en casa de una mujer

como la Forrester. Podía no estar sola.

Tomé nota del domicilio, pensando que, sola o acompañada, tendría que verme. No tenía otra opción. Si me ayudaba a jugar aquella carta, el triunfo sería mío, antes de pocas horas. Antes de que el teniente Duryea lograra echarme el guante.

CAPÍTULO XIII

—Van a cerrar, señor.

Miré al *barman* e intenté una sonrisa. Después pagué lo consumido, di las gracias por la guía telefónica y salí a la calle.

Al hacerlo, recordé a Pool.

Y lo recordé, porque en aquel momento estaba seguro de que mi aspecto era el de una rata acorralada.

Al empezar a caminar procurando ir por las sombras e intentando al mismo tiempo no tropezarme con algún despistado hombre de la ley, juré, entre dientes aplicar la mía propia, contra su asesino, si tenía la dicha de poder probárselo.

No me gustaba, nunca me había gustado matar a una mujer, ni tampoco había acabado con ninguna. Pero si lograba ponerle la mano encima a la dama de marras, puede que la «Magnum» dijera la última palabra, cumpliendo así mi propia ley.

El metro que tomé en la misma esquina de la calle 51 me llevó en pocos minutos hasta las inmediaciones de la casa donde vivía Tina Forrester.

Aun así, tuve que caminar por espacio de un par de cuadras antes de detenerme en el número 6505 de la calle 53 Oeste. Una vez allí, consulté mi reloj.

Fue entonces cuando caí en la cuenta de que Tina no podía estar aún en su aposento. Tina tenía que hallarse ya en camino, puesto que ella terminaba su actuación en la «Jaula de Oro» a las cuatro y cincuenta minutos.

Me pegué a un portal, decidido a esperar, contando con que no pasara por allí algún policía de ronda, pensando también que esto para mí resolvía el problema de la cerrada puerta que daba acceso de la calle a la escalera.

Tina tardó mucho en regresar.

Eran las seis y treinta de la mañana cuando la vi descender de

un taxi.

Esperé a qué el vehículo se alejara, y entonces salí del oscuro portal, encaminándome rectamente hacia ella, que ya hacía girar la cerradura del portal.

Se volvió, y a pesar de que apenas si le veía, alumbrada un tanto difusamente por uno de los faroles, noté que no se alegraba de verme.

No obstante, me esperó y aún sonrió cuando llegué a su lado.

—¿Qué desea, míster Merrick?



—*¿Qué desea, mister Merrick?*

—Creo que ya lo sabe. Hablar con usted, Tina. Es urgente.

Miró en torno. La calle estaba vacía. Sus ojos chispearon cuando los fijó en los míos, como dos saetas.

—Supongo que quiere hablarme de la muerte de Pool, ¿no? Bien, no se quede ahí.

Suba conmigo.

Dejando que lo creyera, la seguí.

Fue dentro del ascensor cuando Tina indicó de nuevo:

—Supongo que sabe que le mataron, ¿no?

—Sí. Le vi caer y de la forma que lo hizo... Bueno, creo que Duryea se encargará también de achacarme esa muerte.

—No, Jimmy. No creo que pueda hacerlo, si no es verdad. Los tres *gangsters* murieron también, y la autopsia, aunque a usted le vieron huir con una automática en la mano, probará que la bala no salió de su pistola, sino de la de uno de ellos.

¡Diablos! ¡Buen detective estaba hecho! Con aquello, que era lo más elemental, no había contado yo.

Me indicó que me sentara en uno de los sillones del «*living*», una vez dentro de su apartamento. Después me tendió un vaso lleno de *whisky*, con trocitos de hielo.

Mientras bebía, me dejó solo.

Fueron unos instantes, pero cuando volvió, sentí que en mis venas, en vez de sangre, había fuego.

La había visto en la pista con muy poca ropa, pero ahora, con aquel desarreglado y completamente transparente salto de cama que se había colocado encima, Tina estaba más diabólica que nunca.

—Pool era mi amigo, Jimmy —empezó, una vez que se hubo sentado en el suelo, con las piernas cruzadas a estilo moro, y junto a mis pies, con lo cual no quise mirar los muchos botones que ella había dejado, como al descuido, completamente desabrochados, aunque maldito si sé por qué lo hizo, debido a la transparencia cristalina del nylon con que se cubría—. Lo que yo...

—Dejemos por el momento a Pool y su asesinato, Tina —atajé—. He venido para que me ayude. ¡Usted puede hacerlo!

Arqueó una ceja.

—¿Sí? Explíquese, Jimmy, por favor.

En pocas palabras le dije lo que quería de ella.

Tina quedó pensativa durante mucho rato. Al fin se decidió a contestar:

—Es... es muy arriesgado, Jimmy. Casi tanto como para esa Carla Montesi. Usted dijo que ella también podía reconocerla. A ella han intentado matarla. ¿Quiere que a mí me ocurra igual?

Me puse en pie. ¿Qué podía hacer ante aquellas palabras? Me imitó.

—Lo siento, Tina —dije cuando los dos nos miramos, frente a frente—. Creía que por la amistad que siempre sintió por Pool lo haría.

Empecé a caminar hacia la puerta. Tina me tomó del brazo antes de que llegara a ella. Cuando giré para mirarla, estaba endiabladamente cerca, y endiabladamente hermosa, con sus ojos chispeando como los de un felino.

—¿Por qué no se queda e intenta dormir un poco, Jimmy? Está completamente agotado. —Me besó suavemente en los labios y añadió—: ¡Quédese! Descansará un poco. Aquí nadie vendrá a buscarle.

Había tanto peligro en ella, en sus ojos, en su todo, como en el suave beso que me había dado y que yo no devolví.

Pero eso no era todo. Estaba Alvia, estaba Carla, y también podía estar, si me apuraban mucho, Verónica. También había un anillo, un anillo que pensaba comprar un día.

—Siento no poder complacerte, querida —la tuteé—. Pero tengo que largarme. Quiso saber dónde me dirigía y se lo dije.

—Creí que la dama era Alvia —replicó—. Me refiero a la del anillo. Al menos eso es lo que nos dio a entender a Pool y a mí.

—También podría ser para ti, Tina, y eso que con ésta son tres las veces que te veo, aunque tú no me descubrieras en la primera, ya que estabas en la pista.

No insistió. Tampoco me besó de nuevo cuando llegamos a la puerta del apartamento, que abrió rápidamente. Tina, después de las palabras que había tenido conmigo, parecía haber perdido todo interés por mí, y por todo cuanto se relacionaba con el asesinato de Pool.

Amanecía cuando salí a la calle. Apresuré el paso. No sabía si mi fotografía se había publicado en alguno de los diarios de Nueva York, y por lo tanto, no quería estar en la calle a aquellas horas.

A las siete cuarenta y cinco alcancé el departamento de Verónica. ¿Qué iba a buscar allí?

Nada. Ayuda de ella no podía esperar, puesto que no conocía a la desconocida amante de Perkins. Tampoco podía pedirle que actuara como Pool, y me ayudara a descubrir la compañía de

seguros que había hecho aquella póliza.

Pero deseaba consolarla. Deseaba pasar unas horas con ella, pues estaba seguro de que al teniente Duryea no sé le ocurriría ir a buscarme allí.

La puerta de la portería estaba abierta. Por lo tanto, entré, busqué en el casillero correspondiente la tarjeta con su nombre, y una vez la hube leído, despreciando el ascensor, empecé a subir por la escalera.

Toqué el timbre un par de veces antes de darme cuenta de que la puerta estaba abierta. Sin saber por qué, me llevé la mano a la funda de la axila, tomando la culata de la «Magnum» con la mano crispada.

Después la empujé despacio, procurando apartarme a un lado. La abrí del todo. Nadie disparó contra mí. La luz del día entraba en el apartamento por las abiertas ventanas, pero todo era silencio en el interior.

Atravesé la puerta, cerré con el pestillo a mi espalda.

Verónica estaba allí. La muerte la había sorprendido cuando salía de la ducha. Miré en torno.

Nada.

No había nada. Ni el simple casquillo de la bala que la mató, partiéndole el corazón.

Maldije a Duryea. Maldije a Carla y me maldije a mí mismo, cuando la dejé en mi aposento.

Ahora sólo dos mujeres conocían de vista la identidad de aquella tercera. Carla y Tina. Tina se había negado a ayudarme, alegando miedo a que la mataran.

Carla estaba en poder de la policía. Al menos, eso creía yo. Pero ¿y si no era así?

Tenía que averiguarlo. Para ello solo quedaba un camino. ¡Al diablo, si estaba o no intervenido mi teléfono!

Tomé el pañuelo de mi bolsillo y con él en la mano fui al «living». Marqué procurando no dejar huellas digitales.

Al otro lado de la línea, el timbre repiqueteó.

Mantuve el auricular pegado a mi oído, pero nadie contestó a mi llamada. Colgué.

¡Maldito fuera una y mil veces el teniente Duryea!

Volví de nuevo donde se hallaba la muerta, pero lo mismo que

anteriormente, no sirvió de nada. No pude encontrar ni el más leve indicio, ni la más ligera señal que me demostrara cómo había entrado el asesino allí, ni qué motivos le obligaron a matar también a Verónica.

Abandonaba el cuarto de baño, cuando a lo lejos oí las sirenas de la policía.

¡Una trampa!

Corrí fuera, cerrando detrás de mí, y de nuevo, una vez más, la suerte me acompañó, ya que alcancé la calle mucho antes de que el primer automóvil de la Brigada Volante doblara la esquina patinando sobre dos ruedas, y con un lastimero maullido de cubiertas sobre el asfalto.

Ya sólo quedaba un camino por seguir. Hasta ahora no había querido mezclar a Alvia en todo aquello. Pero ahora no tendría más remedio que hacerlo. Estaba seguro de que me ayudaría a tender aquella trampa. Una trampa sencilla, pero mortal.

Una trampa que podía costarle la vida.

Casi en el acto, pensé que era mejor arreglarlo yo mismo. Mi propia ley podía muy bien acabar con la misteriosa dama, sabiendo quién era como lo sabía.

¿Por qué dar, entonces, tanto rodeo? Estaba divagando.

Esto lo comprendí al minuto siguiente, y mientras seguía poniendo distancia entre el apartamento de Verónica y mi persona.

Alcancé una boca de metro y me metí por ella.

Caminar en pleno día por Nueva York, sabiendo que la policía le está a uno pisando los talones, es bastante expuesto. Por eso seguí escogiendo el metro para trasladarme de un lado a otro.

Allí, en el interior de uno de aquellos vagones, era más fácil pasar desapercibido a los ojos perspicaces de la policía, mezclado entre los obreros y las gentes de color.

Ahora me faltaba saber si mi oficina estaba vigilada. Seguro. Duryea no sería tan estúpido como para no hacerlo. Era eficiente y concienzudo, y no soltaba una presa así como así, aunque en este caso la presa fuera yo.

¿Qué hacer? ¿Cómo ponerme en contacto con Alvia, sin que Duryea metiera las narices?

Repentinamente di un salto.

¡Mike!

Mike me prestaría ese servicio. Su teléfono no estaría intervenido. No tenía por qué estarlo.

El metro se acercaba a la estación de la calle 52. Bajé de él en el empalme con la Quinta y Sexta Avenida.

Desde allí mismo, sin salir al exterior para nada, busqué una cabina telefónica. Me encerré por dentro y marqué el número. Al otro lado de la línea, oí una voz desconocida.

¿Me había equivocado, o es que Mike no estaba allí? Pero no tuve tan mala suerte.

—¿Diga? ¿Con quién hablo?

No lo dije. Simplemente, pregunté:

—¿Está Mike Merrick? Dígale que se ponga al aparato. Es un recado urgente, por favor.

—Un momento. Enseguida se pone. Suspiré con alivio.

—¿Diga?

—Hola, Mike. Sabes con quién estás hablando, ¿verdad?

Debió dar un regular respingo, puesto que lo oí con entera claridad.

—¡Diablos!

Pero no pronunció mi nombre. ¡Bien por Mike! Siempre dije que era un chico muy listo.

—Escucha. No puedo perder mucho tiempo, ¿sabes? ¿Puedes ir a buscar a Alvia? A estas horas estará en el despacho. Necesito hablar con ella y sé que mi teléfono está intervenido.

—Puedo —me replicó concisamente.

—¿Cómo te las vas a componer para que no sospechen? Le oí reír.

—Nada más sencillo. Llevaré ese café de parte suya a *miss* Fenton. Ahora el que reía fui yo, aunque sin ganas.

Mike me acababa de dar a entender que, efectivamente, mi oficina estaba vigilada por la policía.

—Date prisa, por favor —apremié.

—El tiempo que tarde en hacer el café. Ahora deme el número de ese teléfono. Se lo di y colgó.

Transcurrieron quince minutos, en los cuales sudé, esperando dentro de la cabina que ella telefonara, nervioso por esto, y porque algún otro, que también quisiera telefonar, se acercara a ella.

Por fin, y ante mi alivio, el timbre repiqueteó. Levanté el

auricular.

—¿Diga? Suspiré.

Lo dicho. Me paso la vida suspirando.

Era la voz de Alvia. Acariciadora en extremo.

—Escucha, Alvia —dije, hablando rápidamente—. Necesito de ti. Me encuentro abajo, en la estación empalme de la calle 52, con la Quinta y Sexta Avenida. ¿Qué tardarás en llegar?

—No lo sé. Depende de que me pueda o no quitar de encima a dos pelmazos que ha puesto tras mis pasos el teniente Duryea. Pero me puedes esperar. Lo conseguiré.

Lo maldije en voz baja y la oí reír. Después colgó sin más.

Deambulé de un lado para otro, dentro de la estación del metro, siempre mezclado con la gente que subían y bajaban a los trenes, por espacio de hora y media. Finalmente, cuando ya desesperaba, llegó ella.

La vi detenerse unos segundos, mirándose las costuras de las medias, hasta que la gente que se apeó con ella, la dejó a su espalda.

Entonces vino hacia mí.

CAPÍTULO XIV

Alvia y Tina Forrester. También estaba Carla.

Las tres habían podido tenderme aquella serie de trampas.

Las tres sabían poco más o menos lo que yo iba a hacer en un momento determinado.

Alvia, porque era mi secretaria. Tina Forrester porque era amiga de Pool. Su amistad con este pudo inducirle a confiar en ella, en todas las circunstancias.

Carla era la que menos sabía de mis movimientos, pero, sin embargo, la que hasta ahora parecía tener un mayor motivo para desear la muerte de Perkins.

Un motivo más que poderoso para matarle. ¿No sería ella la que a su muerte recibiría, como compensación, aquellos cien mil dólares? Cabía en lo posible.

Recordé sus palabras.

Se alegraba, estaba contenta de que le hubieran matado.

Pensé en aquella trampa que había urdido. Una trampa que en vez de costar la vida de Alvia, como dije anteriormente, muy bien podía terminar con la mía, ya que me ponía enteramente sus manos.

Si era la asesina...

Podía serlo. Ella misma me dijo que odiaba a Vera Perkins. Que habían sido compañeras de Universidad.

¿Empezó todo siendo un simple crimen pasional?

—¡Querido!

Intenté sonreír, mirándola a los ojos. La tomé de la mano.

—Tengo que hablar contigo, Alvia. Es muy urgente.

—Vamos.

—¿Dónde?

—Escucha, Jimmy, yo he venido en el metro, pero antes vine en automóvil. Lo detuve en la playa de estacionamiento que hay entre

la Quinta y Sexta Avenida. Encima de nosotros, querido. Luego regresé a la oficina y dejé pasar el tiempo hasta que llegó la hora de comer. —Pensé que ni siquiera había reparado en ello, mientras Alvia seguía hablando—: Salí y tardé un buen rato en escabullirme de los ojos sagaces de los dos policías. Una vez conseguido esto, tomé uno de los metros y vine.

—Buena chica —dije con fervor y a pesar de mis sospechas—. Pero ¿dónde vamos?

—A cualquier parte, Jimmy. A uno de los barrios extremos. Encontraremos algún escondido tugurio, donde no sea fácil que aparezca la policía.

Sin saber por qué, pensé en Carla. En ella y en Tina Forrester.

—Vamos.

Me tomó del brazo y salimos, mirando en torno. Había un policía muy cerca del automóvil que Alvia había alquilado. Crispé el rostro y me detuve a mirar un escaparate.

Casi de inmediato oí la voz de ella:

—Ya se va, jefe.

Volví el rostro.

Era verdad, el agente de uniforme se alejaba con su paso cachazudo, hacia la esquina inmediata.

—Vamos —apremió ella de nuevo.

La seguí, y segundos después el automóvil rodaba por entre la intensa circulación hacia el Manhattan.

Entonces, por una rara asociación de ideas, pensé en Joel Perkins.

Como consecuencia de ello, en Vera. Me palpé el bolsillo. La llave de su departamento, la que me diera cuando fue a verme en mi oficina, estaba allí.

—Sé de un sitio mejor, Alvia —dije de pronto—. Un sitio donde verdaderamente no nos encontrará la policía.

Me miró durante un quinto de segundo y luego volvió los ojos a la cinta asfaltada de la calle.

—¿Dónde? —preguntó.

—Al apartamento que perteneció en vida a Vera Perkins. Aún tengo la llave en el bolsillo.

Su respuesta me llegó rápida en extremo:

—¡Diablos! ¡Es una buena idea!

Maniobró el «Pontiac» y enfiló rectamente hacia el número 5008 de Madison Avenue. No hablamos hasta llegar. Pero en el momento de introducir el llavín en la cerradura, pensé en la carta que me enviara Vera antes de morir.

Vera Jackson. Una mujer que ya fue mía, cuando apenas si tenía dieciséis años. Mía en alma, ya que se enamoró de mí cuando en los suburbios de Chicago le salvé de algo mucho peor que la muerte.

Fueron tres. Tres ratas de los bajos fondos. Aquella noche, mi propia ley se cumplió una vez más. La chica recordó siempre el caso, aunque nuestros caminos, y a partir de tres o cuatro meses más tarde, tomaron sendas opuestas.

Vera y su carta.

Carta que abría ante mí un nuevo mundo de posibilidades. Carta, en fin, que de un modo u otro, aunque no de manera concreta, acusaba a Alvia de ser la amante del difunto Perkins.

Alvia, mi propia secretaria.

Aquella noche, cuando Carla me la entregó, comprendí que tan sólo una parte de lo que decía era verdad. Alvia también tenía motivos poderosos para matar, aunque no comprendía el que pudo tener para eliminar a Perkins, siendo éste, como era, la gallina de los huevos de oro.

Con Vera era diferente. Por odio. Por celos. Por una venganza que se mantuvo a la espera, desde los tiempos universitarios hasta el momento actual.

Abrí la puerta, seguido por la mirada inquisitiva de Alvia.

El apartamento estaba tal y como yo lo recordaba del día en que mataron a Vera.

Incluso el cristal astillado de la ventana, que no había sido cambiado. Me senté en el sofá, notando cómo Alvia se estremecía, con sus ojos fijos en los míos.

Le indiqué un sillón.

—Siéntate, ¿quieres?

Lo hizo, cabalgando una pierna sobre la otra. Pero en aquel entonces yo no tenía interés por nada que no, fuera la rápida solución de aquel caso, y el motivo que me había llevado hasta allí.

—Dame un cigarrillo, ¿quieres? Se lo ofrecí.

Alvia lo encendió, exhaló humo por boca y nariz, y después preguntó:

—Bien, ¿qué quieres que haga? Estoy esperando, Jimmy.

La miré de pies a cabeza, notando en el acto que fruncía el ceño. Pero no dijo nada.

—Pienso tender una trampa a la asesina de Vera, Verónica y Perkins, Alvia. Cuento contigo para ello. Por eso te he traído aquí. Para explicarte lo que quiero que hagas.

—Entonces, ¿ya no crees que fui yo quien los maté?

Me quedé de una pieza. Sin saber lo que decir ni qué contestar. Ella, con su sonrisa de suficiencia, me sacó de mi momentáneo aturdimiento.

—Aún no lo sé, Alvia. Tanto pudiste ser tú, como Carla o Tina Forrester. De esta última me falta el motivo, si es que lo hay. ¿Conoces a Tina, Alvia?

—No. Quiero decir personalmente. Sólo sé lo que todo el mundo. Que es una cantante de... —Calló mirándome, y al cabo de uno o dos minutos preguntó—: ¿Por qué sospechas de mí, Jimmy? ¿Qué motivos podría tener yo para asesinar a Joel Perkins? ¿Y a Vera?

Noté que no estaba enfadada. Que enfocaba los hechos con frialdad cargada de razón.

Sin alterarse lo más mínimo.

—Confieso que los motivos que tenías para eliminar a Perkins aún no los sé, pero puedo presumirlos. En cuanto a Vera, la cosa cambia.

Metí la mano en mi bolsillo y saqué la carta. Se la entregué para que la leyera.

Mientras lo hacía, estudié su hermoso semblante como nunca lo había hecho.

Se mostraba hermético en extremo.

Y seguía leyendo. Una carta que empezaba:

«Querido Jimmy:

»No quiero acusar a nadie, pero después de encontrarme con que Alvia Fenton es tu secretaria particular, y después de pensar en nuestra conversación de hoy en tu despacho, y de lo que debo decirte después en mi apartamento, por cualquier eventualidad, creo mi deber comunicarte...»

—No está mal del todo, Jimmy. Pero sólo una parte de verdad lleva esta carta.

Levanté los ojos para mirarla, y dejé momentáneamente de pensar en la carta para enfrentarme a ella, en el momento en que me la devolvía.

Me puse en pie. Me despojé de la chaqueta y de la funda sobaquera, y las dos cosas fueron a parar encima de uno de los sillones.

—Estoy esperando que te expliques, Alvia —dije fríamente y sin dejar de mirarla. En el acto soltó el timbre de su risa.

—Parece mentira que la gente diga de ti que eres uno de los mejores detectives de Nueva York, Jimmy. Sí, parece mentira que se te ocurra pensar en mí como presunta asesina. En tu secretaria y amante. ¡Es el colmo! Bien, Jimmy. Ahí va la explicación. Te he dicho que la carta de Vera tiene una parte sincera y la otra falsa. Es verdad. —Calló unos segundos y después añadió—: Voy a contarte la parte que falta. Ambas, Vera y yo, conocimos a Joel Perkins en nuestra época de Universidad. Yo le conocí primero, y por entonces ya sabía que él tenía los suficientes dólares para darle a una mujer todo cuanto pudiera desear. Confieso que intenté enamorarle por todos los medios. Conseguí que se declarara. Entonces, meses más tarde, nos tropezamos con Vera. Se la presenté, y a partir de aquel momento nuestras relaciones se fueron enfriando, hasta que las rompimos definitivamente. Vera se casó con él y yo juré que ambos me las pagarían.

—¿Y no fue así?

Se puso en pie y vino hacia mí con el rostro crispado.

—No. No fue así. No la volví a ver hasta aquella mañana en nuestras oficinas. Por eso te dije que era una lagarta. Confieso también que la odiaba hasta desear verla muerta. Ella me quitó todo lo que anhelaba. Poder, riqueza, y todas esas cosas que hacen la vida deliciosa a cualquier mujer. Yo soy pobre. Me he tenido que ganar la vida desde que salí de la Universidad. En cambio, ella... Me quitó todo cuanto ambicionaba, valiéndose de malas artes. Ésa es la pura verdad, Jimmy.

Me miró, anhelante, pero no le dije si la creía o no. En vista de mi silencio, se vio obligada a preguntar:

—No me crees, ¿verdad?

Tranquila. Tan tranquila como si estuviera en un teatro viendo una buena interpretación. Fría y serena. Dueña de sí misma.

La admiré, y juro que ahora no fue por sus innumerables e innegables encantos.

—Aún no lo sé.

Fue entonces cuando estalló, aunque con menos violencia de lo que yo esperaba:

—¡Vete al cuerno, Jimmy B. Merrick! Y ahora, ¿quieres decirme de una vez para qué me has traído aquí, o es que ya no te merezco confianza alguna?

Me senté, y ella hizo lo propio.

—Sí, ¿por qué no? Pero antes quiero preguntarte algo. ¿Conoces a Carla Montesi? Me miró, extrañada de mi pregunta.

—No —replicó—. ¿Por qué?

—Por nada. Ahora otra cosa: creo que Carla está detenida. Apuesto que acusada de complicidad conmigo. Aparte de esto, ¿sabes algo de ella? ¿Has visto últimamente al teniente Duryea?

—Sí. Vino esta mañana, bien temprano, a preguntar si sabía algo de ti y a amenazarme de nuevo. A decirme que habían bloqueado todas las carreteras, el puerto, los aeródromos, tanto militares como civiles, y en fin, todas cuantas salidas hay en Nueva York por tierra, mar y aire. Al parecer, han encontrado bajo el asiento de tu destrozado «Cadillac» dos vasos y una botella de *whisky*, todo con unas bonitas impresiones digitales.

Maldije roncamente hasta que caí en la cuenta de que ahora poco podía importarme, ya que tenía en la mano todos los hilos de la trama.

—¿Dijo algo refiriéndose a Carla? —pregunté.

—Sí. Que la detuvo, tal y como tú sospechaste, pero a estas horas estará de nuevo en la calle. Al parecer, Duryea se convenció, con las explicaciones de ella, de que no tenía nada que ver en el asunto. Dijo también que eres un tipo de suerte, y que yo era una tonta al fiarme de ti.

—¿Dijo eso?

—Sí. No olvides que ella, la Montesi, estaba en tu apartamento.

Por unos segundos deseé preguntarle si Duryea sabía que Carla tenía una quinta en Corney Island, y el papel que más o menos pasivamente había jugado en la vida de Joel Perkins, pero no lo

hice.

Mis pensamientos los interrumpió, al añadir, en vista de que yo seguía dando la callada por respuesta:

—Bien, Jimmy. ¿Alguna que otra pregunta más antes de que me digas lo que quieres de mí?

Desde luego había algunas más, pero decidí callar.

—No, nada. Ahora necesito un favor. Tienes que ir al Precinto 9 y hablar con Duryea.

Vas a decirle...

—¡Jimmy, tú estás loco!

—Vas a decirle... —continué, sin hacerle caso.

Y seguí exponiendo el plan, sin que ahora osara interrumpirme. Sólo cuando acabé, se puso en pie, viniendo hacia mí.

La tuve entre mis brazos al segundo siguiente, pero aunque noté sus sensuales labios sobre los míos, no respondí a la caricia.

—Es... es una locura lo que pretendes, querido —dijo después—. ¡No, no lo haré! Esa rata no me creará y vendrá por ti. Me obligará a delatarte en cuanto sepa que te he visto. Por otra parte, eso... eso puede ser tu muerte. —Se estremeció—. En la calle y a las doce de la noche... No, Jimmy, no lo haré. Antes de que intervenga Duryea, encontrarás la muerte.

—¿Por qué? Tina Forrester no sabrá que la policía rodea el lugar.

—No lo haré, Jimmy. ¡No y no!

La tomé por los hombros, la sujeté contra mi pecho y después la besé fuertemente en los labios.

—¿Lo harás ahora? —pregunté.

—¡Oh, Jimmy! Yo...

Se interrumpió para sacudir la cabeza afirmativamente.

—De acuerdo, entonces. Cuando quieras, puedes empezar.

—¿Por Tina o por el Precinto?

—Por Tina primero. Luego pones en antecedentes a Duryea.

—Lo haré así, querido. Pero ¿cómo explicas tus sospechas sobre ella? Si mal no recuerdo, tú has dicho que Tina había visto varias veces a la... a esa mujer fantasma.

¿Quieres dar a entender que sólo lo dijo para alejar sospechas de sí misma? ¿Para que no sospecharan que esa amante clandestina y ella eran una sola persona?

—Sí, Alvia. Eso es lo que sospecho. Por eso quiero tender esta trampa.

—¿Has pensado en ello, querido? Tina o la que sea se apostará del mismo modo que se apostó ya una vez frente a la ventana de Vera Perkins. Te matará antes de que pueda intervenir Duryea.

—Escucha de una vez por todas, Alvia. Tengo que hacerlo, aun a costa de mi propia vida. No olvides que por lo menos la muerte de Vera me la achacan a mí. Por lo tanto, es mejor morir de un balazo, siempre que ese balazo haga caer al criminal en manos de la policía, que no en la silla eléctrica, sin pena ni gloria, y por algo que no he cometido. Por lo tanto, prefiero lo primero. Ahora calla y no repliques más. No lograrás convencerme.

Por toda respuesta, me besó, llevando sus bien torneados brazos a mi nuca.

Correspondí con ardor, acariciándola.

Alvia no se marchó de inmediato. Prefirió quedarse conmigo un par de horas, transcurridas las cuales, salió.

CAPÍTULO XV

Una trampa.

Una bonita trampa es lo que aquello era para Tina Forrester.

Alvia sólo tenía que llegarse a un teléfono público. Marcar su número y decir que yo la esperaba a las doce de la noche en aquel apartamento. Que viniera si no quería que yo hablara de algo con la policía.

Tina vendría. Es decir, no lo haría allí. Se apostaría en el mismo sitio que la primera vez. Asustada, al comprender lo que aquello quería decir, dispararía sobre mí tan pronto como me viera en la calle, ya que yo pensaba salir del apartamento unos minutos antes.

Para entonces, la manzana estaría rodeada por la Brigada de Homicidios. Tina Forrester vendría, contando con que fuera la asesina.

Sonreí, bien a mi pesar, y seguí pensando. Carla, Tina y Alvia.

Una trampa.

Una trampa que tanto era para la propia Alvia, encargada de hacerla correr, como para Tina o Carla. Una de las tres saltaría. Una de las tres era la asesina.

Saltaría porque o yo era tonto; o aquella noche las tres, y eso que sólo había nombrado a Carla de una manera circunstancial, se encontrarían tal vez en el apartamento que ahora ocupaba yo.

En el de Vera Perkins.

Creía saber la verdad, pero si no era así, mi pellejo no valdría ni un solo centavo. Sin medios de locomoción, ni por tierra, mar o aire, más tarde o más temprano la policía daría conmigo.

Ahora sólo faltaba que la mujer cayera en la trampa.

¿Caería?

Pedí fervorosamente por que así fuera.

De otra forma, sólo podía hacer una cosa: entregarme a Duryea, explicarle el caso y que hiciera conmigo lo que le viniera en gana.

Pero sabía que con aquello no adelantaría nada, como no fuera ponerme yo mismo la sogá al cuello.

El teniente Duryea veía en mí al sospechoso ideal, y cuando hiciera investigaciones, si es que las hacía, con lo que yo le contara, seguramente sería tarde para mí.

Sin dejar de pensar, tomé la correa con la funda y la automática, me la coloqué, y acto seguido hice lo propio con la chaqueta.

Empecé a preparar la escena.

Después salí del apartamento de Vera y bajé a la calle. Busqué un bar, sabiendo que allí a aquella hora era bastante problemático que encontrara a un policía.

Entré en el primero que me vino a mano, y ya en la cabina telefónica del mismo, marqué un número.

Minutos después, alguien se puso en el aparato. Luego... Bueno, después dentro de la cabina telefónica no se oyeron más que mis voces, por espacio de más de veinte minutos.

Pero conseguí lo que me había propuesto.

Con amenazas primero, con súplicas y más amenazas después, lo conseguí.

Regresé al apartamento de Vera, me tendí en el sofá y me dormí, a pesar de que mis pensamientos estaban en plena ebullición.

El timbre de la puerta me despertó cuando ya era completamente de noche. Encendí la luz, atravesé el «*living*», y con la mano a la altura de la axila izquierda, abrí la puerta de un empujón.

Era Carla.

Carla, que llevaba a su lado una buena compañía. Y un rifle con mira telescópica. La miré, pero no a ella.

—¿Hacía falta aquí? —pregunté.

—Sí. Ciertamente.

Me volví a mirarla. Carla vino a mis brazos, sin importarle para nada el testigo. Mientras nos besábamos, recordé cierta noche al pie de un ascensor.

Decididamente, Carla tenía la virtud de hacer recordar cosas agradables. Como la de ahora.

Al separarnos, la prendí por la cintura y la llevé al «*living*». Y no me extrañó nada encontrarlo completamente vacío. Aquel testigo tenía una buena cualidad: el no ser molesto en una ocasión como

aquella.

Besé a Carla cuando ambos nos sentamos en el sofá.

—¿Por qué has venido?

Me replicó con otra pregunta:

—¿Olvidas que yo también he visto a esa mujer? Puedo ser un buen testigo, llegado el caso.

Nos miramos. Luego le expliqué lo que me proponía.

—Ya lo sabía, querido. Me lo han contado por el camino.

—¿No tienes miedo?

—No. Contigo, no. Aunque estuviéramos, los dos solos, mi respuesta es «no». Aquello me halagó.

Pregunté entonces por el rifle, y Carla me dijo dónde lo había encontrado. Suspiré, sin apartar mis ojos de ella.

—Pero ¿por qué? —preguntó después.

—Es fácil de deducir, Carla. Y ahora, si no te molesta, ¿por qué no dejamos la conversación para otro rato? Al menos, ésta.

Miró su reloj.

—¿De qué hablaremos entonces, y mientras dan las doce de la noche, querido? Son apenas las diez.

—De ti, por ejemplo —repliqué—. Veamos, ¿qué piensas hacer cuando todo esto acabe?

Mis palabras tuvieron la virtud de lograr que su rostro se nublara un tanto.

—No lo sé, Jimmy. Por lo pronto, y si la quinta de Corney Island está verdaderamente a mi nombre, la venderé. Con su importe, viviré un poco de tiempo hasta que logre encontrar un empleo decente.

Continuamos hablando de cosas sin trascendencia, hasta que a las once y veinte minutos la tomé del brazo y la hice entrar en el dormitorio de Vera Perkins.

—No te muevas de ahí hasta que todo haya pasado, querida —dije—. Dentro de poco vendrá una mujer, o tal vez dos. Una de ellas es la asesina, como ya debes saber. Aunque la reconozcas de inmediato, no te muevas, ¿entiendes?

Dijo que sí mientras me ofrecía los labios. Después que la hube besado, agregó:

—Ten cuidado, querido. No te descuides ni un solo segundo.

Creo que en aquel entonces, Carla había olvidado por completo

que no estábamos solos en el apartamento.

Diez minutos después, el timbre de la puerta repiqueteó insistentemente.

Abrí.

Era Alvia, y llegaba completamente sola.

Pero no tuve tiempo de sorprenderme por ella, ya que sus brazos vinieron a mi cuello, mientras sus labios buscaban, afanosos, los míos.

Después fuimos al «*living*».

Alvia miró en torno. Pareció sentirse satisfecha, y acto seguido la tuve de nuevo entre mis brazos.

Pensé en Carla, que seguramente nos estaba viendo desde el dormitorio.

Un espectáculo deprimente para una mujer como ella, y mucho más después de que yo acababa de besarla también.

No tuve tiempo de pensar en nada más. Alvia se separó de mí y fue al mueble bar. Por el camino dijo:

—Ojalá la pobre Vera tuviera algo de beber en este cacharro. Mi réplica fue una simple pregunta:

—Y Tina, ¿qué ha sido de ella, Alvia?

Replicó sin volverse, mientras manipulaba dentro del mueble bar.

—No está en Nueva York. Como quedamos, la llamé por teléfono a su casa. Después, a la «Jaula de Oro». Allí me dijeron que esta noche no actuaba. Que había salido hacia Corney Island, llamada por la Montesi. Es una burda mentira, cuyo alcance no logro entender, Jimmy. Ella ha sospechado algo y se ha largado antes de que la descubras. Como ha podido enterarse, no lo sé.

Confieso que no me sorprendí, ya que contaba con aquello. Era algo que entraba en mi plan y en mis cálculos.

Sabía el significado que tenía aquella supuesta fuga.

Me puse en pie, mientras ella se volvía, llevando en la mano dos altos vasos de *whisky*. Me despojé de la chaqueta, mientras se acercaba a mí. Ésta y la funda con la «Magnum», lo mismo que la vez anterior, fueron a parar a uno de los sillones, lejos de mí.

Cuando me volví a mirarla, Alvia, con una sonrisa hechicera en la boca, me estaba ofreciendo uno de los vasos. Sin beber, lo deposité encima de la mesita, y acto seguido tomé asiento.

Alvia me imitó en todo. Cruzó las hermosas piernas y me miró.

—¿Qué piensas hacer?

—No lo sé —repliqué—. Sin hallarse aquí Tina, estoy atado de pies y manos. ¿No te das cuenta de que no puedo probar nada? Y claro, tú telefoneaste al teniente Duryea, ¿verdad?

—No, querido. Fui a verle. Se mostró terco al principio, y al fin transigió. Ahora mismo está abajo. ¿Cómo piensas salir de aquí, Jimmy? ¡Oh, querido! ¡Te detendrán!

¡Ahora sí podrán hacerlo!

La miré a los ojos. Sin apartarlos de ella, tanteé encima de la mesita hasta que tropecé con el vaso de *whisky*. Me lo llevé a los labios y bebí.

Con él en la mano y sin dejar de mirarla, pregunté:

—¿Qué has hecho de Tina Forrester, Alvia? Abrió unos ojos como platos.

Al fin pareció comprender, puesto que dijo:

—¡Jimmy! ¡Por favor, Jimmy! ¿De nuevo a las andadas? Sonreí. Sé que lo hice torcidamente.

—¿La has matado también para que no te reconociera, Alvia? Me miró con ojos centelleantes. Pensé que así era más fácil.

—Pero ¿de veras crees que yo...? La atajé con un gesto.

—Tú la mataste como a Vera, después de hacerlo primeramente con Joel Perkins.

¡Confíesalo, Alvia! ¡Basta de juego, por favor!

Rió, pero su risa me sonó a falso.

—Estás loco, Jimmy —dijo después—. Loco de atar. Tina Forrester no está en Nueva York. Puedes telefonar a la «Jaula de Oro», y lo sabrás. Por lo tanto, no la he matado, como tampoco maté a Vera, a Perkins y a Verónica.

Verónica, sí. Confieso que la había olvidado.

Entonces, y calculo que ante el estupor de Alvia, sonreí.

—Sí, Alvia. Confieso que eres una mujer muy lista. Pero algunas veces hasta los más listos caen. Eso acaba de ocurrirte a ti, ¿sabes? Tina Forrester no está en la «Jaula de Oro», por la sencilla razón que el teniente Duryea la tiene en el Precinto número 9, querida.

¿Quieres saber por qué?

Noté como su expresión tranquila cambiaba un poco.

—Estás mintiendo, Jimmy. Y no sé cómo te aguanto tanto. Si no

fuera porque te...

—Está allí, Alvia. Poco después de irte tú, telefoneé yo a Duryea y le expliqué todo, y cuáles eran mis sospechas. Si es mentira, ¿por qué no te asomas a esa ventana? La policía no está abajo. No ha venido, por la sencilla razón de que tú, ni has visto al teniente Duryea, ni le has telefonado. Cierto que has ido en busca de la Forrester, pero con ánimo de matarla, o tal vez seguiste tu primera idea, la de telefonear, no para darle mi encargo, sino para hacer que viniera aquí, y luego liquidarnos a los dos, haciendo ver a la policía que nos habíamos matado mutuamente. Tú eres esa dama fantasma, Alvia. Apuesto que al teniente Duryea le cuesta muy poco trabajo averiguar quién es la beneficiaria de la póliza extendida por Perkins. Una bonita historia, ¿no, Alvia?

Decía la verdad, porque Tina Forrester estaba en el Precinto número 19.

Mejor dicho, estuvo, porque en aquellos momentos se encontraba en, otra parte. Tampoco pude saber que en aquel momento, en la habitación de al lado, una linterna hacía señas desde la ventana a la calle.

Esto me lo explicó Carla mucho después.

Entretanto, Alvia no se daba por vencida. Tenía una irónica sonrisa en la boca, cuando exclamó:

—Sigo pensando que estás loco, Jimmy. Estás loco, pero estoy dispuesta a oír la segunda parte de la historia. ¿Qué motivos tenía para matar a Joel y Vera Perkins?

Seguía sentada, pero no me miraba a mí, sino al bolso de cremallera que tenía a su lado.

—¿Motivos? ¿Quieres saber los motivos, Alvia? —repliqué—. Son bien sencillos. Tu odio, primero hacia él porque te dejó por otra. Segundo, y ahora me refiero a Vera, por el mismo motivo. Por odio, porque ella te quitó en tiempos lo que tú más apetecías. Yo veo las cosas de este modo: Vera se casó con Perkins, que te dejó a ti. Poco a poco anidó en tu cerebro la idea de vengarte. Creo que desde entonces le seguiste los pasos, hasta averiguar la clase de hombre que era. Su afición a las mujeres hermosas le hizo caer en tus brazos. No me importa el tiempo que empleaste para ello, pero sí el resultado.

»Fuiste detrás de él, una y otra vez, hasta que te convertiste en

su amante. Supongo que por mediación de un chantaje, lograste que él hiciera una póliza a tu favor. Tal vez alguna fotografía comprometedoras con la que le amenazaste dar a la publicidad. Pasó el tiempo, Alvia; hasta que una naturaleza tan cambiante como Perkins, sobre todo en cuestión de faldas, se hastió de ti.

»Viste las cosas mal paradas, no sabías lo que hacer, ya que te dijo que si publicabas esa fotografía, él acabaría contigo. Con tu lindo cuello. Que podías hacerlo cuando quisieras, ya que iba a retirarte la póliza.

Fue entonces cuando yo entré en escena. Aquella noche soñé contigo, Alvia. Al día siguiente, te besé. Me extrañó tu cambio. Eres lista, y no te faltó tiempo en asumir un papel para conmigo, papel que estoy seguro no es de tu agrado, pero que tenías que seguir a todo trance. Yo podía muy bien servirte de cabeza de turco, ¿verdad?

»Y todo eso sucedió cuando ya Vera estaba en la oficina, esperándome. La vista de ella agudizó tu odio. Aquella misma noche fuiste a visitar a tu amante. Supongo que empezaste con súplicas. Después, viendo que se reía de ti, le atontaste de un golpe y luego, le cortaste la yugular.

»Hecho esto, fuiste en busca de Vera. A ella la mataste por venganza. Muerto Perkins, Vera era la heredera de todos sus bienes. Unos bienes que podían haber sido tuyos. Por otra parte, también existía en ti el temor a que ella llegara a averiguar algún día que tú eras la dama fantasma de su marido.

»Te apostaste para eso en el edificio fronterizo, y la mataste con un rifle provisto de silenciador y mira telescópica. Tengo ese rifle en mi poder, Alvia. Alguien lo encontró en tu apartamento, escondido entre la lana de tu colchón. Alguien que esta misma tarde lo trajo aquí.

Puestos a confesar, confieso también que me comporté como un estúpido. Entusiasmado con mi relato, dejé de mirarla unas cuantas veces. Esto fue suficiente para Alvia, ya que ahora, al terminar y levantar los ojos hacia ella, lo primero con que tropecé fue con el ojo siniestro de una pavorosa automática.

—¿Tienes algo más que decir, Jimmy? —preguntó.

Miré la automática. Una «Colt 45», sujeta con mano firme. Luego clavé los ojos en ella.

—Sí, quedan las trampas, una de las cuales costó la vida a Pool. ¿O lo olvidaste?

Muerto Perkins, te fue fácil ponerte en contacto con sus hombres. Por mi supiste dónde iba aquella noche, así como también que Carla Montesi, una mujer que podía reconocerte, estaba en mi apartamento. Pero fui rápido. Llegué a tiempo para salvarla a ella. Ahora, sólo queda la muerte de Verónica. No tengo ni la más ligera idea del porqué.

Sonrió.

Y nunca fue más prometedora a sonrisa de su boca como en aquellos momentos. Sin dejar de apuntarme, confesó:

—La maté por miedo —se levantó—. Fui a verla, después de que te visitó a ti, Jimmy. Pregunté un montón de cosas, todas relacionadas con este caso. Hablé de la muerte de Pool, cuando aún ella no lo sabía. Ésta fue una equivocación mía, que la hizo entrar en sospechas y la llevó a la tumba. La maté con esta automática. La misma con la que te voy a matar a ti, querido.

Tomó el bolso, y empezó a avanzar hacia la puerta.

—Aunque me mates, te cazarán, Alvia. El teniente Duryea sabe todo esto. Se lo dije yo por teléfono.

Su respuesta me produjo hilaridad, a pesar de que aquél no era el momento oportuno para reír:

—Duryea es un zoquete que no ve más allá de sus narices, Jimmy. Él tiene pruebas contra ti, y no las soltará, así como así. Tú eres el criminal ideal. No, Jimmy, te conozco demasiado bien para no creer ni por un solo momento que le telefoneaste, contándoselo todo. No te creería, y tú lo sabes tan bien como yo —hizo una pausa y añadió—: Lo siento, querido, pero voy a matarte. Sé que me interrogarán. Carla Montesi cargará con tu muerte, y con las de los demás. Ella tiene una quinta que le compró Perkins, y una historia que contar. Hablaré de ello con el teniente Duryea, querido.

Levantó la «Colt».

Entonces empezaron a ocurrir cosas. El timbre de la puerta sonó de nuevo, mientras que la del dormitorio de la difunta Vera se abría, dando paso al teniente Duryea, que llegó anteriormente acompañado de Carla. Detrás de él apareció la muchacha.

Alvia se sobresaltó un tanto al oír el timbre de la puerta. Giró el rostro un segundo, y acto seguido apretó el gatillo.

Pero yo ya no estaba en el mismo lugar, sino lanzado en plancha contra el sillón donde tenía la «Magnum».

La alcancé mientras ella se volvía como una fiera, dando cara al teniente Duryea. Lo hizo disparando.

Duryea giró sobre sí mismo, y luego cayó al suelo cuando el pesado plomo de la automática le pegó en el hombro.

Entonces, Alvia giró hacia mí. Vi el negro cañón de la «Colt», y la impiedad que había en sus ojos. Disparé.

No tenía más remedio que hacerlo.

Mi bala pegó en su estómago. Se dobló, cayendo al suelo. Dio una vuelta completa, y me apuntó de nuevo. No la dejé.

Estaba muerta mucho antes de que su preciosa cabeza diera contra las baldosas del suelo. En la puerta, y en el momento en que me ponía en pie, sonó un estallido.

Encaré la «Magnum», hasta que vi la sonrisa, un tanto dolorosa, del teniente Duryea, que me miraba, sostenido por Carla.

Casi en el acto, el «*living*» se llenó de policías, con Tina Forrester en medio de ellos.

Miré el cadáver de Alvia, y cerré los ojos unos segundos. Sentía náuseas. Mi propia ley se había cumplido de nuevo, pero ahora era bien diferente.

Salí de allí, asqueado.

Carla vino mucho después a reunirse conmigo. Por ella supe que Tina había identificado, sin lugar a dudas, el cadáver de Alvia Fenton, como la dama desconocida que acompañaba a Joel Perkins.

Después, pero mucho después, el propio Duryea me dijo que la póliza estaba en vigor cuando murió Perkins, y que Alvia era la beneficiaria.

Finalmente, llegó la ambulancia y se la llevó.

No me moví hasta que el teniente Duryea, con el brazo en cabestrillo, apareció por la puerta del «*living*». Fue la primera y única vez que me miró con simpatía.

—Puede irse cuando quiera, Merrick. Pero procure estar presente en la encuesta.

Lo prometí, y llevé a Carla a mi apartamento, donde entramos a las cuatro y media de la madrugada.

Una vez en él, me miró atentamente. Yo entré en el dormitorio, y salí con un par de mantas. Me tendí en el sofá. Estaba muerto de

sueño.

—Buenas noches, Carla —dije, ahogando un fenomenal bostezo. No la vi entrar en el dormitorio.

Al día siguiente, compré el anillo. Toda mi vida recordaré la expresión de incredulidad de su rostro, sus lágrimas, y finalmente sus besos.

Después me creyó.

Y me alegré de ello, porque a partir de aquel entonces, ni ella tuvo que buscar empleo, ni yo dormir en el sofá.

FIN



Marina Vlady

Su verdadero nombre es Marina Poliakoff, de origen nórdico, nació en París el 10 de mayo de 1938. La hemos visto en "La bruja", "Días de amor", "Idilio en el castillo", "Sofía y el crimen", "Eva", etc.



EDITORIAL BUECHERA, S.A.
MOLINO NUEVO 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 7 pts. • Impreso en España • Printed in Spain

